PEDRO MIGUEL OBLIGADO

LA TRISTEZA DE SANCHO

Y OTROS ENSAYOS

COOPERATIVA EDITORIAL "BUENOS AIRES"
Agencia General de Libreria y Publicaciones
Buenos Aires
1927

LA TRISTEZA DE SANCHO

Y OTROS ENSAYOS

LIBROS PUBLICADOS POR LA COOPERATIVA EDITORIAL "BUENOS AIRES"
(NO AGOTADOS)

Crítica

RAFAEL ALBERTO ARRIETA. — *Ariel corpóreo.*
M. A. BARRENECHEA. — *Un idealismo estético.*
ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).
ALEJANDRO CASTIÑEIRAS. — *El Alma de Rusia.*
NICOLÁS CORONADO.—*Nuevas críticas negativas.*
ARMANDO DONOSO. — *La senda clara.*
CARLOS IBARGUREN.—*La literatura y la gran guerra.*
JOSÉ INGENIEROS.—*Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia.*
ROBERTO F. GIUSTI.. — *Crítica y Polémica* (2.a y 3.a series).
JULIO NOÉ. — *Nuestra literatura*
ALBERTO NIN FRÍAS. — *El carácter inglés.*
LUIS RODRÍGUEZ ACASUSO.—*Del teatro al libro.*
RICARDO SÁENZ HAYES. — *Antiguos y Modernos.*

Cuestiones sociales y políticas

MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado.*
JUAN A. GARCÍA. — *Sobre nuestra incultura.*
AUGUSTO BUNGE. — *Polémicas.*

Historia

JOSÉ INGENIEROS. — *La locura en la Argentina.*
CARLOS IBARGUREN. — *Historias del tiempo clásico.*

Novelas y cuentos

ERNESTO MARIO BARREDA. — *Desnudos y máscaras.*
HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.—*Las puertas de Babel.*
ATILIO CHIAPPORI. — *La isla de las rosas rojas.*
CARLOS CORREA LUNA. — *Don Baltasar de Arandia* (2.a edición).
FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ. — *Desamparados.*
ROBERTO F. GIUSTI. — *Mis muñecos.*
VÍCTOR JUAN GUILLOT. — *Historias sin importancia.*
VÍCTOR JUAN GUILLOT. — *El alma en el pozo.*
LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes* (2.a edición).
MOISÉS KANTOR. — *Leyendas dramáticas.*
R. FRANCISCO MAZZONI. — *El Médano florecido.*
ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA. — *Jesús de Buenos Aires.*
EDMUNDO MONTAGNE. — *El cerco de pitas.*
HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva* (para los niños).
VICENTE A. SALAVERRI. — *El Hijo del León.*

Poesía

RAFAEL ALBERTO ARRIETA. — *Sus mejores poemas.*
ALFREDO R. BUFANO. — *Poemas de provincia.*
DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.—*La nouvelle moisson.*
JUAN BURGHI. — *La senda familiar.*
EUGENIO DÍAZ ROMERO. — *El templo umbrío.*
FERNÁNDEZ MORENO. — *El Hijo.*
RICARDO JAIMES FREYRE.—*Los sueños son vida.*
LUIS MARÍA JORDÁN. — *Primavera interior.*
PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris.* (2.a edición).
CALIXTO OYUELA. — *Cantos de otoño.*
PABLO SUERO. — *Los cilicios.*

Teatro

ROBERTO GACHE. — *Tres comedias.*
HORACIO QUIROGA. — *Las sacrificadas.*

Temas varios

ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas.*
ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA. — *El jardín de Perogrullo.*

Traducciones

CARLOS OBLIGADO. — *De los grandes románticos.*
M. DE VEDIA Y MITRE. — *El héroe y sus hazañas,* de Bernard Shaw.

Costumbres y paisajes argentinos

JULIO ARAMBURU. — *Jujuy.*
ALFREDO R. BUFANO. — *Aconcagua.*
ROBERTO GACHE.—*Glosario de la farsa urbana* (2.a edición).
LUIS MARÍA JORDÁN. — *Cartas de un extranjero.*
CARLOS B. QUIROGA. — *Alma Popular.*

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

LA TRISTEZA DE SANCHO

Y OTROS ENSAYOS

COOPERATIVA EDITORIAL "BUENOS AIRES"
Agencia General de Libreria y Publicaciones
Buenos Aires
1927

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Gris (versos) 2ª edición, 1922. (Agotado).

El Ala de Sombra (versos). Primer Premio Municipal de Poesía. 2ª Edición. Agotado.

El Hilo de Oro. — Versos. — Premio Nacional de Literatura, 1924. 2ª Edición.—Prólogo de Leopoldo Lugones.

El Canto Perdido. — 1925. — Poemas en prosa. — Agotado.

LA TRISTEZA DE SANCHO

Los escritores que han comentado la obra maestra de Cervantes, no se interesan por la suerte de Sancho después de que murió su compañero, Don Quijote de la Mancha. Quienes menosprecian al criado por su grosería y quienes le admiran por su obediencia, de igual manera, se olvidan de él en cuanto la historia termina, y lo dejan en la soledad obscura de su porvenir. Y sin embargo, puede imaginarse la tristeza de Sancho cuando se quedó sin la compañía de su malaventurado señor.

El escudero que iba detrás del hidalgo, entre descontento y seducido, como el buen juicio que marcha en pos de la imaginación, con el andar de las aventuras, vuélvese más desinteresado y afectuoso. De su desconfianza nace una fe que vacila, no tanto por la duda sino por el temor. Su cordura, que nota una fuerza en el desequilibrio de Don Quijote, concluye por rendirse ante un heroísmo tan ciego para amar y para combatir, que

sólo puede compararse a la grandeza de sus derrotas.

Sancho se halla quijotizado, como dice Unamuno; las privaciones han disminuído su glotonería y se ha mejorado en la empresa ideal. Sobre todo, su progresivo cariño a Don Quijote lo ha ido transformando, hasta tener la delicadeza de "combatir con falsas alegrías las verdaderas tristezas" del caballero que se muere. Así, al escuchar que Don Quijote le hubiera dado un reino en su testamento, "porque la sencillez de su condición y la fidelidad de su trato lo merece", y al verle tan desengañado de sus quimeras, el pobre escudero le dice llorando: "—Ay, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más..."

No es que Sancho se haya enloquecido, como alguien ha escrito, sino que desea animar a Don Quijote en el trance definitivo, engañarlo para que sueñe y no vea la muerte que lo amenaza. Quisiera defenderlo, se siente incapaz y le pide al mismo enfermo que no se deje morir y que luche como otras veces; pero Alonso Quijano es cuerdo y sabe que la muerte no lo va a desdeñar como los hombres que conociera y los peligros que buscara. Y Sancho se echa a llorar ante la separación próxima, lo mismo que aquel día en que Don Quijote estuvo por reemplazarlo. Diríase que con sus

lágrimas llora la sensatez, el derrumbe de la fantasía...

Y después de cerrado el libro admirable, continúa exhalándose la melancolía de su sonrisa; porque como ha dicho Heine, "la pluma del genio va mucho más allá del genio mismo".

Muerto Don Quijote, Sancho pierde su amigo y maestro, el único que le daba valor para las grandes acciones y que le había enseñado a creer en lo que no se ve y a sufrir por lo que se ama. El labriego, que era feliz antes de andar con el hidalgo, ahora no puede ser sino desgraciado. Ha fallecido el "Rolando del Sueño" sin cumplirle ninguna promesa y dejándole un insaciable afán de perfeccionamiento. Su desesperanza no acaba con sus deseos: un anhelo imposible guardan al caer "las alas de su corazón" — según el bello decir de Cervantes.

Cuando el escudero vuelve a su casa, a estar con la mujer y los hijos, por quienes disimulara cualquier injuria, ya no logra entenderse con ellos. Resúltanle mezquinas las cosas que amaba en otro tiempo y que se acostumbró a poner de lado en sus correrías por los caminos de España. Su vida de aventuras lo ha sacudido tan profundamente, que comprende que, a veces, no es hermosa aquella verdad por la que discutía tanto, y empieza a dudar que sea siempre verdadera. Le abruma la monotonía de los días iguales que pasan y pasan, sin

llevarlo a ninguna parte, y piensa que "vale más buena esperanza que ruin posesión".

Su mujer, Teresa, que se halla algo desfigurada con los años, contrariada a causa de la mala cosecha de los olivos y del fracaso de su vanidad, no le atiende las narraciones de las aventuras, mostrando ese desdén de algunas mujeres por las proezas del marido. No le escuchan tampoco los hijos; pues saben que aquel caballero de quien habla Sancho era un hombre tan loco que quiso defender a débiles y batallar por la justicia. Acaso mientras cuenta la aventura de Sierra Morena, su prole come bellotas; lo mismo que él cuando Don Quijote hablaba a los cabreros, sobre las edades de oro.

El corazón de Sancho, ennoblecido de sufrimiento y ensanchado de ideales, no cabe ya entre las paredes de su hogar. Padece en una "tragedia cotidiana" la prolongación de una vida que no tiene a quién obedecer. Su mal es un hondo descontento: la pena de los que no pueden estar alegres y no saben estar tristes.

Don Quijote se ha contagiado algo de su fe, pero él no ha adquirido el heroísmo; le ha enseñado a resistir, pero él no ha aprendido a soñar. La experiencia, como siempre, lo lleva a contradictorias deducciones que lo desconciertan. "Triste y apesarado, no sabe qué hacerse ni decirse"; pues su voluntad sin su señor, es cual una veleta que se ha quedado sin viento.

Sólo se halla bien cuando se pone a "arar, ca-

var, podar o ensarmentar las viñas", y gracias a la virtud del trabajo, se olvida de sus días de gobernador y de escudero. Tal vez pasa las horas de la siesta, que perfuman romeros y salvias, en el corredor de su casa, junto a unas tinajas orondas, deprimido hasta la inacción, mirando vagamente alguna avutarda que vuela o alguna nube que se deshace. No lejos, su hija borda un encaje interminable y su esposa grita y alterca por una cuestión doméstica, mientras en el corral cacarean al sol varias familias de gallinas...

A veces, de tarde, "huyendo de miserias y desasosiegos", sale al campo y se aleja por la llanura ancha, casi alegre de sentirse libre. Pero al venir la noche, su antiguo miedo a la soledad lo domina y torna a comer en su casa, donde ya han encendido una pequeña luz. Entonces nota que su amor a los suyos era más grande cuando él estaba lejos.

Aumenta su hastío si llega la visita de los vecinos, de Juan Tocho, del cura y del barbero, a quienes recibe apesadumbrado. No ignora que ellos, como los demás de la aldea, le reprueban que durante tanto tiempo siguiera los pasos de un demente, por lo que imaginan pura codicia y mala ambición.

La quietud lo enferma y la mediocridad del ambiente lo abate. Comprende bien que no basta ser razonable; que lo necesario es ser héroe. Siente una vocación que lo anima y lo apena; una voz interior a la que no sabe cómo responder. Su alma

es semejante a un pozo que tiene adentro una estrella que no consigue jamás...

Todas las mañanas resuelve cambiar de vida y partir de su casa; pero regresa cansado, todas las noches. Y así, Sancho, que no ha muerto, ve que los años corren y que va creciendo su descendencia...

La tristeza del escudero es también nuestra tristeza; porque Don Quijote era tan grande, que se ha muerto para todos... "Vámonos poco a poco"; salimos al campo y nos asusta la noche. Como hemos perdido la fe, no nos dirige más que el temor; como hemos buscado lo material, sufrimos de no poseer.

Lo mismo que Sancho, combatíamos con argumentos al ideal que nos llevaba por senderos pedregosos, donde era frecuente el tropiezo y natural el cansancio, hasta que un día le vimos caer enfermo de cordura, renunciar a los sueños y morir como todos los entusiasmos que empiezan a reflexionar. Lloramos entonces al ver que se moría "de melancolías y desabrimientos", lo mejor de nosotros, el Caballero de la Triste Figura, y quisimos consolarle con mentiras; pero ni lágrimas ni palabras reanimaron su corazón descorazonado.

Hoy sabemos que, en cierto modo, todos los castillos son ventas, que los gigantes son molinos de viento y que los galeotes apedrean a quien los trata de libertar. Ya no somos tan materiales como para

ser felices, ni tan soñadores como para ser héroes: sin duda ha pasado el tiempo de la Caballería.

Se fué el hidalgo que nos había prometido un reino y que luchó por sacarnos de la esclavitud de la razón. ¿Quién no siente la pérdida de una sublime compañía? ¿Quién no está solo como si alguien le acabara de abandonar?

Sí: Don Quijote era tan grande, que se ha muerto para todos. Dijeron bien los poetas que afirmaron que nos hemos quedado sin él.

Después de oir la agonía razonadora del idealismo, nuestra esperanza se halla tan desencantada que ya no sabe qué esperar; pues oyó que la misma fe, decía que "en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño". Y mientras van deslizándose las horas desalentadas, sentimos como si se agrandara cada vez más dentro de nosotros, la sombra de una figura que se aleja: Es que nuestra alma sufre la tristeza de Sancho...

LA LOCURA DE OFELIA

ENTRE las mujeres que pasan por el escenario de Shakespeare, la más candorosa y la más poética es la hija de Polonio, la amada de Hamlet, aquella niña delicada que pierde el juicio porque no puede resistir a su desventura. Ella es casta como Julieta, tierna como Cordelia, y confiada como Desdémona; sus tres hermanas en la melancolía de una existencia superior. La fragilidad de su alma es un resultado de su pureza, y la indecisión de su carácter nace de una impresionable timidez. Así, en el medio hostil en que vive, Ofelia no tiene más fuerza que lo que ha llamado un gran poeta, "la inocencia de su locura".

Sufre calladamente el mal que la va quebrando, hasta que un día se suelta a cantar, y entonces se sabe que está herida, por la fragancia que exhala. Es dócil al mundo como una nube al viento, y su obediencia no es más que una forma de su candor. Por eso, al hacerla desgraciada el destino, cometió con ella, un abuso de confianza...

Cuando Laertes, su hermano, le dice que el amor de Hamlet "es una violeta en la primavera de su naturaleza juvenil, precoz, pero no permanente, amable, pero no duradera, perfume y ruego de un instante, no más", ella le responde con esta pregunta en que aparece toda su alma: "¿Nada más?"

"¿Nada más?" ¿Es decir, que no es cierta su dicha, que su amante la engaña, que ella es el juguete de un príncipe, que su amor ha sido un sueño efímero y que no debe soñar? Ofelia no lo cree así, porque ama a Hamlet; pero es tan humilde en su cariño, que no le discute a su hermano y apenas se atreve a preguntarle: "¿Nada más?" Con esa interrogación afirmativa parece que despierta de su encantamiento, como un niño que mira sorprendido el mundo en que está.

Y luego que Laertes se marcha, resuena en los oídos de ella, la última frase de él: "Sé, pues, cauta; la mejor seguridad se halla en el temor".

Es raro que Goethe, que definió tan admirablemente a Hamlet, "como un alma encargada de una gran acción e incapaz de realizarla", haya dicho que Ofelia, tan parecida a su Margarita que hasta en la demencia modulan canciones semejantes' "no es más que una dulce sensación". La desgraciada criatura oculta en silencio, los dolores que soporta. Pero ahondando ese silencio, nótase cómo se derrumba interiormente y cómo se pierde en la soledad de su desequilibrio.

No se conoce sufrimiento moral más intenso

que el suyo. Padece tanto, ella que es la fé junto a Hamlet que es la duda, que llega a decirle a Polonio: "Señor, no sé lo que debo creer".

Su corazón está desconcertado, sus convicciones tiemblan. Hamlet, de pronto, se ha vuelto con ella, cruel y grosero, la atormenta con palabras perversas, y aguza su ingenio para hacerla sufrir. Ofelia no se defiende, no protesta, y ese heroísmo suave casi parece el primer grado de su locura... Conteniendo los suspiros, tal vez cerrando los ojos para que no vieran sus lágrimas, muéstrase la misma de siempre. La pobre niña no sabe por qué Hamlet ha cambiado, ni sospecha la verdad que lo envenena. Esta es una de sus mayores tristezas: no comprender a quien ama. La paraliza el dolor de notar que su piedad es inútil, que su compasión no puede nada.

Hamlet la ofende, quizá porque ella, con su pureza, le obliga a ser bueno y él ya no lo quiere ser. Siéntese débil para ejecutar su venganza y trata de librarse de todo lo que le ata a la vida. Pues "los hombres débiles — ha escrito Heine — cada vez que son desgraciados torturan aquello que más aman".

El pensamiento que sin duda domina al príncipe y que no expresa en ningún momento, debe ser éste: "Tú eres como mi madre; tú también obrarías como ella". Y, le pregunta: "¿Eres honesta?" Luego le habla de su amor fríamente, como de una cosa pasada: — "Yo os amé en otro

tiempo" — "Señor, así me lo hicistéis creer". — "No debistéis creerme... Yo no te he amado nunca". La escena es sublime y terrible. Se imagina ver a Hamlet arrancándole a Ofelia su corazón de cristal, y dándolo contra el suelo, mientras ella se acerca a él y le dice amorosamente: "Ten cuidado, no te vayas a lastimar".

Ofelia que ha tenido cartas en que su novio le jura que a nadie quiere como a ella y que le oye contradecirse, piensa que él está loco. Loco, pues no entiende su cariño y los consuelos no lo consuelan. Y la joven celestial sólo pide, en un arranque de bondad sobrehumana: "¡Oh, cielos, ayúdale!"

El amor, que es siempre una gran fe, comienza a trastornarse, ante la evidencia del engaño. La locura fingida de Hamlet — dice Víctor Hugo — causa la locura real de Ofelia.

Los críticos no están de acuerdo sobre las relaciones de estos amantes. La mayoría de los autores ingleses sostienen que los amores fueron de una absoluta pureza, mientras los escritores alemanes como Tieck, Von Friesen y Flathe afirman que hubo una mayor intimidad. Lo único cierto, es que se amaron siempre; pues aunque Hamlet parece olvidarla en la prosecución de su venganza, al oir en el cementerio las palabras de Laertes, ante el dolor intensísimo, se le escapa la verdad que callaba, y grita: "¡Yo amaba a Ofelia! Cua-

renta mil hermanos con su amor no podrían sumar el amor mío".

Shakespeare, que se adelantó a la medicina al hablar de la circulación de la sangre en una época en que se ignoraba, ha descripto la locura de manera magistral en el rey Lear y en Ofelia. Ya la niña se había asustado mucho, según ella mismo lo dice, cuando vió a Hamlet enloquecido. Su alma vacila llena de angustia, como una azucena que tiembla, de tan cargada que está con su exceso de rocío...

Se enferma, porque no puede soportar el mal que la ahoga, porque todo se transforma a sus ojos, desde que el príncipe no la quiere, porque su esperanza es tan grande, que no se abate ante la vida, sino que alza sus alas y se levanta sobre la verdad, en la vehemencia del delirio. Diríase que se enloquece voluntariamente para acompañar a Hamlet, en su extravío. De ahí que su insanía parezca la exaltación de la fidelidad...

La muerte de su padre, a quien Hamlet toma por una rata, concluye por quitarle su debilitada razón.

Y se aleja del castillo, por el jardín donde antes oía "palabras de tan suave esencia", con la cabellera rubia adornada de hojas secas y sus ojos azules agrandados por el asombro, y lejanos por el desvarío. Su demencia es sonriente, pues aunque se ha quedado sin juicio, conserva todavía su ternura. Da la impresión de un ángel ciego que estu-

viera sin saberlo, perdido en este mundo. Ajena al dolor que la rodea, pronuncia palabras musicales que conmueven hasta la conciencia criminal de los reyes. Lo que dice llena de compasión a los que la oyen:

> "¿En qué podrás conocer
> al amante verdadero?"
> . . . .

Luego se interrumpe y comienza:

> "Ha muerto, señora, ha muerto
> y ya nunca ha de volver".
> . . . .

Se ve que en su locura se reflejan juntas, sus dos grandes tristezas. Cuando le preguntan cómo se halla, contesta "Bien. Dios os guarde. Dicen que la lechuza es la hija del panadero. Señor, sabemos lo que somos, pero no lo que llegaremos a ser". A veces brilla una chispa lúcida: "¡Oh, cada uno tiene que llevar su amargura!..."

Lo demás, es la melodía de un recuerdo, una dulzura más penetrante que el dolor, la estremecida balada de un corazón que se ha quedado sin alma... Ella que había sido en su dicha "un silencio amoroso", hizo de su locura, un canto, y de su muerte, una elección. Acaso, un refugio... Resulta así, verdad, aquello que dice el sepulcro, en el quinto acto: "¿Se habrá ahogado en defensa propia?"

"Iba — cuenta la reina — cargada de fantásticas guirnaldas de cardos, ortigas, margaritas y amapolas". Pasaba por allí un arroyo, junto a un sauce y se sintió atraída por la blandura jovial del agua. Acaso las ninfas la llamaron, rogándole que fuera a integrar la ronda de ellas y le tendieron sus brazos de bruma... Y cayó en las ondas; lo mismo que toda su vida, abrazando un ramo de flores marchitas... Y sonreía con una sonrisa en la que un profundo lírico ha creído ver el signo de las transcendentales armonías. Dice Shakespeare que cantaba trozos de antiguas canciones, incapaz de comprender el peligro. Guardó, pues, hasta la muerte, el heroísmo de su ingenuidad. Ofelia se suicida alegremente, como jugando, quizá haciendo una picardía infantil... ¿Es que la pobrecita pensó librarse del destino que la perseguía?...

Y así, aquella criatura transparente que vivió apenas lo indispensable para fallecer, desaparece del escenario del gran trágico inglés, como una personificación de la fe inquebrantable del amor, que espera después del desengaño, que la verdad martiriza sin convencer y que sonríe cuando tiene que morir...

ALBERT SAMAIN

LA ciudad de París acaba de erigir una estatua a la memoria de Samain. No se hubiera creído, en verdad, que ya a los veinticinco años de su muerte, tuviese un monumento glorificador el profundo y exquisito poeta francés. Hasta ahora, la modestia de su vida y la aristocracia de su arte, habían mantenido su nombre en una semi-obscura elevación, lejos de los tumultos callejeros y del entusiasmo de la multitud. Su gloria había sido como aquella infanta en quien simbolizara su alma que, vestida de fiesta, permanece inmóvil, entre mármoles y jardines, con un tulipán en sus manos; y que resignada y sumisa, según él mismo lo dice, "sabe demasiado para combatir" y "oye el son de la vida, lejana como un mar".

Es que este lírico extraordinario, desdeñaba el estruendo del éxito, y escondía, por pudor, la intimidad de su espíritu, como temeroso de que sus sentimientos, de tan sensibles, se marchitasen a la luz. Vivió y amó en silencio, "gozando la volup-

tuosidad de callarse"; y sin duda, hubiera querido dormir su muerte, silenciosamente; acaso, cerca de algún árbol que cantara, para poder soñar... Es que "era un cisne enamorado de la sombra", según la hermosa expresión de Francis Jammes.

Le bastaría descansar junto a su madre, en el cementerio de Lille, bajo el abrazo de una Cruz; y saber que sus versos viven y que aun son admirados. Porque, como escribió una vez, "no hay pensamiento más dulce para las horas tristes, que saber que una noche, en alguna parte, un alma nos recuerda y nos ama, como lo hubiésemos querido".

Es justo, ahora, recordar el noble ejemplo de su vida, la belleza de su arte impecable y su influencia bienhechora en la poesía americana. Y aunque ya nada nuevo pueda decirse, después de tantas páginas que se han escrito sobre él, como el erudito libro de Bocquet; tal vez no sea inútil evocar la figura de este artista que, en un ambiente semejante a nuestro actual ambiente literario, supo mantener su personalidad en medio de las más opuestas escuelas, y utilizar las distintas tendencias artísticas, como la rosa de los molinos se vale de todos los vientos, para sacar el agua de la tierra.

Albert Samain vivió lo indispensable para soñar, y amó lo necesario para padecer. De ahí que dijera bellamente:

"La vida es una flor que yo respiro apenas"

Porque su existencia fué todo lo contrario de su poesía; y lo mismo que en un tapiz corresponde a la urdimbre opaca del reverso, la luminosa armonía de los diseños; así, sobre la trama gris de sus días, creaba él los paisajes fantásticos, las florestas multicolores y los lagos azules, que la generosidad de su ensueño se complacía en derrochar. Pues de la obscuridad de sus horas sacaba el poeta sus versos diáfanos, como ciertas plantas acuáticas, sacan del barro, la pureza de sus corolas blanquísimas...

Y nada más admirable que el sacrificio de este empleado de Prefectura, de este contador de comercio que se sobreponía a las debilidades humanas, a fin de ofrecernos heroicamente, una hermosura que no poseía. Heroísmo de artista, sin duda, más grande que el de matar y que el de morir; pues tiene que sostenerse toda la vida en pos de un ideal que no se logra y apenas se conoce; heroísmo de soportar las miserias que le rodean, y esconder con sonrisas la herida fatal; de cantar en vez de quejarse; heroísmo de ser muy sensible y tener que vivir.

Albert Samain nació en Lille, en 1858. Pertenecía a una familia modesta. Era delgado, tímido y correcto. Según sus biógrafos, su mirada azul tornábase casi celeste, porque se elevaba y emblanquecía; su voz era suave y su sonrisa seria; y de cuando en cuando, parecía escuchar una música lejana que lo dejaba distraído.

Fué desde los catorce años un humilde empleado de negocio que cumplía mecánicamente su trabajo y soñaba con París. Se entristecía ante la idea de morir sin conocer la Ciudad-luz; pero su pobreza le impedía realizar aquel viaje; esa pobreza que le fué tan fiel como su poesía, y que le persiguió con una tenacidad de enamorada.

Debía llevar los libros de cuentas, anotar el "debe" y el "haber", copiar cifras, minuciosamente, con una pulcritud de monje; y en verdad, los volúmenes mercantiles, en sus manos, tenían algo de misales; pues su labor era algo más que el cumplimiento de un deber: era la resignación de un alma que renuncia por instantes a sus sueños, para cumplir una tarea tan exigente como una pasión. El poeta no se indignaba y seguía alineando números y señalanda cambios, mientras los días pasaban por su ventana, como una claridad dorada a través de las cortinas. Acaso, algunas veces, oía las palabras vagas que le murmuraban sus versos; y como si fuesen abejas zumbadoras, las rechazaba de su frente con la mano fatigada de escribir con buena letra. Pero luego de terminar sus cuentas, salía como un colegial a gozar de las tardes de Lille; pues él como la *Divina Bontemps* de uno de sus cuentos, "amaba sobre todo, la soledad".

Y era en esos crepúsculos que él cantó de manera insuperable, cuando las cosas le contaban sus secretos y cuando se iniciaba una conversación silenciosa entre aquellos seres hermanados por un

destino igual de sumisión y de ternura. Era cuando las voces de la tierra, el agua, la rama y el viento, musicales como el poeta, comenzaban sus acordes, invitándole a cantar y ofreciéndosele para acompañarle. Era "la hora de pensar cuando alumbran las lámparas", y "el ángel de la tarde pasa junto a las flores", y "la noche vuelca su tristeza en el firmamento"... Sin duda "ya suspiraba el órgano de los juncos inquietos" y algún astro se deshojaba sobre la serenidad de los campos. Y hubiérase dicho que la naturaleza quería premiarle, al final de cada día, la humildad de su heroísmo, con el esplendor de su hermosura crepuscular.

En muchas poesías de Samain se recuerda la vaguedad de estas horas solitarias, la dulzura de estos recreos de colegial y la melancolía de los domingos provincianos. Domingos interminables como un agonía, días en que no se sabe adónde ir, mojados en el llanto de las campanas parroquiales, como enfermos del aburrimiento de un pueblo que cuando no trabaja no sabe qué hacer, porque ya se ha olvidado de alegrarse y de divertirse. Véase este soneto, de los más hermosos y característicos de su manera de ver la naturaleza, que ha sido traducido por Leopoldo Lugones con la perfección que él sabe hacerlo:

El cielo como un lago de oro se desvanece:
La desierta llanura dijérase que piensa;
Y en el hondo silencio de la extensión inmensa,
Se exhala el alma triste de la noche que crece.

Mientras con rayo humilde, ya una que otra luz arde,
Vuelven los grandes bueyes; y los viejos aldeanos
Calados los birretes; la barba entre las manos,
Del umbral de las chozas, gozan la bella tarde.
El paisaje en que el "Angelus" palpita, es compungivo
Y simple como un dulce cuadro de primitivo
Donde el Buen Pastor lleva su corderillo blanco.
Por el cielo, los astros nievan ya en el negror,
Y vese allá a lo lejos, en lo alto del barranco,
Meditando la antigua silueta de un pastor.

Cuando después de algunos años, el poeta fué a París, por una coincidencia inesperada, su vida no cambió grandemente. Trabajaba como en Lille, en un empleo municipal que le daba apenas para vivir. Su cuarto era de una pobreza de celda, pero él lo imaginaba lleno de cuadros, estatuas y alfombras de lujo. A semejanza de Balzac, se creía rodeado de obras artísticas para ocultarse a sí mismo, la realidad de su miseria. En esto, como en todo, el poeta no tenía más que lo que soñaba.

Afírmase que cuando se le pedían datos biográficos, contestaba como defendiéndose: "Mi vida no tiene historia", pues no quería que se penetrara en su intimidad y se profanara con interpretaciones pueriles o malévolas, sus pasiones y sentimientos. Apenas existe alguna carta de su correspondencia inédita que expresa sus angustias de una manera más precisa. Se ignora el nombre de la mujer a quien amaba y es probable que fuese un corazón insensible; pues en las Elegías de "Chariot d'Or" y en algunas notas privadas, el poeta

usa frases conmovedoras. No quiere protestar, pero su reserva es una acusación; no quiere lamentarse, pero su silencio es un llanto.

En su cuaderno inédito de "Pensamientos y reflexiones" hay palabras desgarradoras como estas: "La vida debe ser una esperanza y una afirmación. Yo no tengo ni la una ni la otra"; y "El alma necesita querer, no importa a quién, ni importa qué, como el cuerpo necesita alimentarse. Existen almas que se mueren de hambre". Tal vez, Albert Samain era un hombre enamorado que no encontraba a quien amar... En una carta suya a su amigo, M. Morisse, le confiesa sus proyectos de casamiento y la amargura de sentirse tan sólo; pero la obligación de sostener a su madre, la obra a crear y el presentimiento de su enfermedad, debieron ser obstáculos insalvables.

No se sabe más sobre los amores de este gran poeta del amor, ni se conoce por qué causa terminaron sus relaciones sentimentales; pero Samain fué, sin duda, la víctima, porque hay almas tan hermosas, que no pueden ser nunca culpables. Esta reserva es lógica en una naturaleza como la suya que a semejanza de la protagonista de uno de sus cuentos, "huía de las manifestaciones del sentimiento como de un pecado" y "nada le era más penoso que notar que los demás adivinaban su corazón". Para un espíritu como el suyo, inclinado a renunciar, los dramas más intensos del amor, carecen de acontecimientos.

Samain adoraba a su madre que fué el inalterable consuelo de su vida y su única compañera; una mujer sencilla, que con esa inteligencia del afecto comprendía la naturaleza delicada del poeta y lo trataba como a un niño. Merecería una página hermosa la descripción de estas dos vidas estoicas, la una al lado de la otra, dándose un ánimo de que carecían, a través de la monotonía de las noches. Aquellos dos seres soportaban su pobreza, acercándose más y más, como se enlazan las dos ramas de un árbol para sostener un mismo nido. Y ante la tragedia cotidiana, que tenía por escenario, un comedorcito arreglado, de mesa pequeña y comida breve, esforzábanse ambos por disimular las deficiencias circunstantes, conteniendddo los suspiros bajo las sonrisas, y alzando una esperanza sobre cada desilusión. Y en esa lucha íntima, no podría decirse cuál era más grande de aquellas dos almas, si la del poeta, que se templaba en su arte, o la de la madre que se templaba en su amor.

Gracias a su amigo, M. Bonheur, que le ayudó toda la vida, Samain pudo viajar por Europa y conocer Alemania, Inglaterra, Holanda, Bélgica y España. Estos viajes influyeron profundamente en el espíritu del artista, quien dejó "los cartones de decoración" y adquirió una comprensión más amplia y real de las cosas.

Durante los primeros años de su permanencia en París, Samain no tuvo ninguna vinculación literaria, y apenas conocía de lejos a Jean Richepín, Teo-

doro de Banville y Octavio Feuillet. Su primera y última entrevista con Banville terminó mal y la anécdota, aunque conocida, merece ser recordada: Samain había enviado a Teodoro de Banville, una oda llena de entusiasmo admirativo. Sorprendido por tal homenaje, el poeta de "Funambulesques" que se hallaba olvidado y viejo, le agradeció el envío con palabras elogiosas. Samain se animó a visitarle. Banville le recibe; pero no tiene la majestad que el joven se imaginaba. Samain lee algunos versos, y Banville aprueba con gestos afirmativos. A veces, dice, doctoralmente: "No está mal", o "dejad ese tono". De pronto exclama: "Ese verso parece de Víctor Hugo" y va a buscar el libro para probarlo; pero como no lo encuentra, le dice a Samain: "Verifíquelo Vd. mismo, en su casa". Samain se defiende: El no ha leído a Hugo. Entonces, Banville se irrita, se exaspera: —"¿Cómo?, ¿cómo? ¿Vd. pretende escribir y no tiene a Hugo en su biblioteca? Yo, a su edad, para comprar libros, hubiese vendido mi camisa"... Samain salió rápidamente de la casa y no volvió a ver a Teodoro de Banville.

Sólo después de algún tiempo, conoció a la agrupación titulada "Los jóvenes"; una nueva generación que se caracterizaba por sus ideas revolucionarias y que denominándose ya "Hirsutos" ya "Hidrópatas", hicieron en 1883 un llamamiento a todos los fracasados de las letras. Por aquel entonces, se había formado otra sociedad de escritores

titulada "Nosotros", como nuestra revista literaria, de ideas más definidas y menos anárquicas que la anterior. En aquel ambiente, dijo Samain sus primeras composiciones de importancia, como "Monts" y "Tsilla" que Tailhade y Jean Lorrain recibieron con aplausos entusiastas. Pero luego de este éxito fugaz, los mismos compañeros se olvidaron de él. Comenzó en aquella época su progreso espiritual, el desarrollo creciente de su personalidad literaria.

Romántico por temperamento y por educación, empezó siendo fiel a Lamartine y a Musset que le habían impresionado desde los diez y ocho años. Su obra conserva de ellos, el lirismo conmovido, el amor a lo imposible y la complejidad de los temas. Sepárase cada día más, de Coppée, Banville y Richepín, y se acerca a los innovadores que reaccionan contra el parnaso oficial y proclaman príncipes de los poetas a Mallarmé y a Verlaine. De estos maestros del simbolismo, aprendió el arte de las melodías verbales y de los matices eufónicos: pero no fué, a pesar de lo que se ha dicho muchas veces, un discípulo de la calle Roma, ni un hermano espiritual del autor de Sagesse. Admiraba a Poe y a Baudelaire, inmensamente, como a dos cerebros privilegiados, cuya magnificencia imaginativa era un fenómeno de lógica, y cuyo arte de forma impecable le daba — son sus palabras — "por su brillo absoluto e incorruptible, la sensación de la piedra preciosa". En "El jardín de la Infanta"

hay más de una "flor del mal"; pero la semilla no es suya. Algunos de sus sonetos recuerdan por la forma, a Heredia; mas si se observa detenidamente, se percibe que entre las líneas de los versos perfectos, se estremece la sombra de una tristeza sutil. Diríase para usar una imagen del poeta, que por los alejandrinos flúidos, ondula su pesadumbre, "como bajo del agua, la cabellera de Ofelia".

Albert Samain no fué, pues, ni un romántico, ni un clásico, ni un simbolista, ni un parnasiano, sino un artista libre que se conformaba con ser él mismo y "vivir en la verdad de su corazón". Por dignidad, no quiso vestir sus sentimientos a la última moda, ni simular fraseologías extravagantes, ni destruir los metros de intento para sorprender a los inocentes y para halagar a los "snobs". Prefería pulir sus estrofas, como un artífice, a fin de que tuviesen una transparencia tal, que su alma, como a través de ciertos lentes, surgiera más nítida y más próxima. De esa actitud estética provienen indudablemente, su perduración y su extraordinaria influencia en América y en España. Me atrevo a afirmar que, salvo Hugo, ningún poeta francés ha influído mejor que él, en la poesía americana. Bastaría recordar que Darío y Lugones, es decir, los dos más grandes poetas de América, se han inspirado en sus obras, para probar esta afirmación de una manera irrefutable. Los demás poetas franceses, no tuvieron entre nosotros, una descendencia digna de ellos; pues ya se sabe que poco han

valido en nuestras tierras, los discípulos de Musset, de Verlaine y de Mallarmé. Es realmente curioso, que mientras muchos líricos contemporáneos de Samain que se preocuparon de hacer escuela, no han tenido continuadores legítimos, el autor de "Polyphême", sin intentarlo, ha creado una verdadera escuela de precisión verbal, de sutileza y de buen gusto. Véase cómo expresa en uno de sus sonetos, esta actitud de intimidad artística. Es un soneto que he traducido lo menos mal que pude. Dice así:

Deja la calle a quienes su espíritu importuna,
y tú respira como tesoro clandestino,
el lirio solitario de tu balcón divino,
y juego con los rizos rubios de la Fortuna.

Deja que a los hambrientos una mesa los una,
y en apretado grupo, se alimenten sin tino;
que tus versos secretos, igual que tu destino,
cual surtidor nocturno, suban hacia la luna...

Escucha la armonía que en el templo sonoro,
profetiza a tu alma la belleza que anhela;
Y alza tu corazón como un cáliz de oro.

Domina al tiempo y goza tu existencia fugaz;
no esperes: la Esperanza es un ave rapaz;
y vive, si tú puedes, la eterna hora que vuela...

Hasta que apareció el primer libro de Samain, "Au jardin de l'Infante" y François Copee publicó su famoso artículo, nadie en el Hotel de Ville,

donde trabajaba el autor, sabía que aquel expedicionario de quinta clase, escribiera poemas y cuentos, ni su jefe ni sus compañeros. Samain, casi glorioso, siguió siendo la misma persona modesta. Solamente se limitó a rehusar la invitación de una inspectora que hasta entonces le había tratado de una manera altiva, y que después de leer los diarios vino a pedirle que fuera a tomar el té en su casa. En adelante, cuando algún escritor iba al Hotel de Ville a ver al jefe, éste le mostraba desde lejos a Albert Samain que estaba escribiendo.

Sus posteriores versos, aparecidos bajo el título de "Aux flancs du vase", en edición póstuma, describen sintéticamente cuánto la vida tiene de noble ye de dolorosa; y embellecen los hechos diarios como ciertos óleos de Rembrandt, quien ponía, a veces, aureola de santidad a los objetos más prosaicos. Como gran artista que era, el autor de "Aux flancs du vase" sabía que no hay nada feo en el mundo para quien sabe amar y que para querer a alguien basta observarle bien. El verdadero poeta nota que en todo hay belleza, y que una circunstancia cualquiera puede hacérnosla ver: El pedazo de vidrio hundido en el suelo se vuelve un rubí, si llega hasta él un rayo de sol, y el pozo más negro puede contener, dentro de su redonda pequeñez, la grandeza del firmamento con todos los astros... La fealdad no es sino una carencia de amor; y como el poeta siente simpatía por todo, todo a sus ojos resulta idealizado y embellecido. De ahí que

dijera profundamente Víctor Hugo: "Lo hermoso es lo feo".

Los cuentos de Samain son cuatro diamantes que recuerdan por su perfección de estilo a los tres famosos cuentos de Flaubert, ese hermano de Samain en la inquietud del esteta y en la paciencia del orfebre: "Hyalis, el sátiro que renuncia a su naturaleza de inmortal, para tener la gloria como hombre; "Divina Bontemps", cuento psicológico de una niña que teme tanto al amor que no se anima a vivir y oculta su pena hasta la muerte; "Xantis", una "feerie" que pasa en una vitrina, entre una bailarina de Tanagra, un fauno de porcelana y un músico romántico; y, por fin, "Rovero y Angisela", la historia de dos naturalezas que marchan del misticismo a la voluptuosidad, y vice-versa, y que aman y mueren dichosos, según su distinta manera de ser.

Su poema escénico, "Polyphême" secuela espiritual de "Aux flancs du vase", es la modernización del conocido mito pagano de que nos habla Homero en la "Odisea" y Teócrito en la "Idilios"; pero el carácter del protagonista ha perdido mucho de su animalidad y su corazón expresa sentimientos de ternura y piedad cristianas: "Polyphême" representa el ideal del amor ciego, vencido por la indiferencia encarnada en Galatea, quien siempre opta por un Acis, el joven pastor insignificante. Samain quiso darle a su obra, junto a la perfección formal, una honda trascendencia filosófi-

ca, como se sabe por algunas notas suyas. Lo que más impresiona, sin embargo, es que parece la teatralización de un episodio de su vida sentimental.

El alma del poeta era en aquella época como el escenario de una tragedia, cuyas escenas espirituales suceden bajo un cielo sin color. Siéntese llamado por todas las voces de la vida, el amor, la gloria, el placer; voces que le prometen mucho, pero que le engañan poco; lee los libros de los filósofos que pretenden conocer la verdad y no le ofrecen la dicha, percibe la grosería envanecida y nota su propia soledad. —Pascal no le consuela y Nietzsche le atormenta.—No tiene fe, y desconfía de la esperanza, a la que considera, como Vigny, un pájaro rapaz. Adivínase, por sus versos, que pasa largas horas encerrado en su cuarto, haciendo esfuerzos para no llorar. Pero luego, como es de esos débiles invencibles, se domina a sí mismo, y sale a caminar para cansarse, hasta que cualquier espectáculo hermoso lo reanima: una ventana que se abre, una mujer que se asoma o una canción que se levanta. Y ya no es el hombre descorazonado que sufre, sino el artista fervoroso que sueña. Y se entrega de nuevo al consuelo de su poesía. Por eso dice: "cuando yo me siento pesimista, me pongo a contemplar una rosa". Esta frase significativa explica mejor que nada, el alma de este impresionable soñador.

Existe una leyenda antiquísima que narra la vida de un pastor que se enamoró de una nube, y

empezó a perseguirla a través de selvas y barrancos, hasta que consiguió abrazarla en la cumbre de una montaña. Entonces vió que la nube se esfumaba y sintió que le caía una lágrima inmensa dentro del corazón: Los poetas como el pastor de la leyenda tienen que seguir sin desfallecer los ásperos senderos si quieren alcanzar a su amor en la cumbre de una montaña; pero deben saber que todo ideal no es sino una nube que en los brazos desaparece, para transformarse en una lágrima. El arte, como todas las pasiones, es una fatalidad; y el verdadero artista no es, acaso, sino el que sabe obedecer.

Los poetas, son navegantes, peregrinos del misterio, lo que Goethe llama "el secreto manifiesto", es decir, "la forma idea del universo". La poesía es la nave en que surcan los días, hasta llegar al puerto. "Si tú sigues tu estrella" — dice Dante. Y sin duda, fué por seguir su estrella, que los tres Reyes Magos encontraron a Dios. . .

Y bien, nadie fué más dócil a su destino de artista que Albert Samain, nadie se conformó tanto como él a sufrir las consecuencias de su vocación y a soportar la pesadumbre de ser fiel. Ni ante su más grande pena, que fué la muerte de su madre, a quien encontró desfallecida en su cuarto, al regresar de su empleo; ni ante la espantosa soledad de los días posteriores, profiere palabras de indignación o de cólera.

"Vivo como un viejo inválido —escribe— no

saliendo más que para ir a mi trabajo y sin aceptar ninguna invitación".

Desde entonces, Samain empieza a morir. En sus largas noches, no sabiendo qué hacer, educa a un ratón que vivía en su cuarto. El ratón dormía en un pliegue de la manga de Samain, trotaba sobre el suelo, venía cuando lo llamaban y se metía en una caja de cartón, según las órdenes de su maestro. Samain le daba de comer, le acariciaba su nariz rosada y los bigotes blancos. Un día, el ratón desapareció, y el poeta, que le quería mucho, no supo más de él. En alguna de sus notas, nos habla de esta tristeza, y de su extraordinaria ternura hacia los animales, los únicos inocentes, según dice.

La anemia y la tisis comenzaron a labrar aquel aquel cuerpo debilitado por el dolor. Dejó el trabajo y se marchó al campo, cerca del valle de Chevreuse. Sentíase morir en presencia del verano, que hacía estallar las rosas de Magny les Hameaux. La naturaleza le envolvía como para consolarlo, pero no lo podía curar. Salía a caminar, lentamente, como cuando era empleado en Lille y se perdía entre los árboles. Tal vez, pensaba en su vida pasada, tan ajena a las vanidades y a las bajezas, tan pura y heroica; y a pesar de eso, o quizá por eso mismo, solitaria y desventurada. Distraíase recorriendo los caminos campestres y diciendo sus versos, paso a paso, según lo recuerda Jammes en su "Elegía" célebre; y así, una vez más, le acompa-

ñaban hasta morir, los sueños que no había realizado. Lo cierto es que al regresar a la "Casa Blanca" de su amigo Bonheur, ya "se extendía el gran manto de la soledad y "ya empezaban a florecer los jardines de la noche".

Por fin, dejó de sufrir el 18 de agosto de 1900. Murió en secreto, como hubiera deseado morir; casi diría con la misma discreción con que había vivido y con que había amado. Eugenio Carrière, que era su amigo y se hallaba casualmente allí, trazó en un dibujo imborrable, el perfil emocionante del muerto. El poeta tenía la frente inclinada como si escuchara una voz... Por la ventana abierta entraba una fragancia muy pura de las sierras; una estrella se desprendía de su rama de luz; y la noche, esa noche que él amó sobre todas las cosas, estaba cantando, como en sus poesías, la dulzura de soñar y la melancolía de existir. El poeta tenía la frente inclinada como si escuchara una voz... Dos monjas ancianas, las últimas de Port Royal, salieron de la reclusión de su convento, ya casi abandonado, llegaron para acompañar a este gran héroe del amor, y toda la noche, rezaron a Dios por la salvación de su alma. Y así quiso el destino que junto al lecho de este lírico descorazonado, vinieran a levantar su vuelo, las alas de la fe, implorando a las alturas por la gloria de una vida que sólo vivió para la belleza. Y el poeta tenía la frente inclinada como si escuchara una voz... Sin duda oyó, en sus últimos instantes,

que alguien le decía al oído los versos finales de su poema "Tentación":

"Soy yo, soy yo—¿no sabes?—A través de la vida,
por entre el espejismo trémulo del placer,
buscabas en mis ojos, la gran noche perdida.
Ven, soy la dulce muerte que te sabrá querer...
Te acostaré en un lecho de hondas adormideras;
y he de mecerte, fuera del mundo y de la edad,
al rumor de los mares que baten mis riberas,
lejos del mal, de dudas y voces lastimeras,
en la paz y el olvido que hay en la eternidad"...

LA MELANCOLIA DE LA PRIMAVERA

La primavera viene por todos los caminos. En las calles, se abrazan de entusiasmo, los árboles. Sobre las azoteas grises, por entre el velamen de las ropas tendidas al sol, tiestos de madera y latas de aceite muestran la verdura de unas ramas nuevas y la púrpura de unos informes claveles; hasta sobre la cornisa de una casita humilde, una hierba silvestre abre una flor anónima.

Ya hacía muchos días que se esperaba esta visita fragante, en el jardín donde nos hallamos; pues los álamos se erguían como empinándose para verla llegar. Ahora el huerto goza, en la plenitud del reposo, la voluptuosidad de una temperatura que es caricia.

Ante un espectáculo tan hermoso, el alma comprende que la primavera no es más que una esperanza... Hay una vehemencia tal por florecer y por engalanarse, que se percibe la inquietud de un deseo que ignoramos; y hay una alegría tan gran-

de que no puede ser sino una ilusión. ¿Cuál es esa esperanza? ¿Para qué se afana y trabaja constantemente, plegando y desplegando las sedosas corolas y los tiernos retoños? Diríase que derrocha, con la generosidad del amor, la riqueza de sus tesoros en obsequio de alguien que no quiere llevarse sus flores. Las plantas vestidas de hojas, extienden las ramas agobiadas de exuberancia. Y da pena ver cuántas rosas brotan inútilmente.

Parece que la naturaleza no hace experiencia, que no aprende a contener su fuerza vital; y se piensa si no se cansará nunca, si no llegará el día en que se desilusione. Tenemos por un instante la absurda idea de avisarle que su tarea es vana, porque pronto el verano secará su frescura y el otoño desparramará, como un soberano pródigo, el caudal de su follaje dorado.

"Todavía una primavera... — ha escrito un gran poeta. — Todavía una gota de rocío que se volcará un momento en mi cáliz amargo y que se deslizará como una lágrima."

En verdad, la primavera es una estación íntimamente melancólica. Su dicha es demasiado intensa, para que no se vuelva un poco triste, y su belleza demasiado sobrehumana, para que no nos abrume. Brilla, pero vuela; perfuma, pero embriaga. Su encanto, tan misterioso como un gran dolor, nos sugiere un problema claro que no penetramos... ¿Qué objeto existe en el giro continuo de las estaciones? ¿Es que la naturaleza trabaja lo

mismo que el hombre, para olvidar sus penas y no sentirse sola?

La melancolía de la primavera nace quizá de que despierta ese anhelo superior que es como la esencia de nuestra alma; de ver lo que nos ofrece y saber lo que puede cumplir; pues "la vida no es mala, porque nos dé poco, sino porque nos promete demasiado" . . .

Sí, la primavera es una esperanza, como el amor, como la belleza, como la fe. En el placer más exquisito, en la emoción estética más profunda, en el fervor más religioso, vislúmbrase una claridad que no es otra cosa que una esperanza soñadora. Esta claridad proyecta una sombra sobre cuanto existe, desde un horizonte lejano. De ahí, la melancolía, "ese clarobscuro del alma", "ese demonio del crepúsculo" de que habla Federico Nietzsche.

¿Qué vamos a hacer de tantas rosas? Cada una podría expresar un sentimiento y quedar como un recuerdo. Y no es posible . . . ¡Qué pequeño valor tienen los ramos que no sabemos a quien dar y el entusiasmo que no hallamos con quien compartir! Para gozar bien la hermosura de estos días de gloria, sería necesario estar enamorado.

La dulce pesadumbre que nos embarga, es la misma de las noches de luna, tan bellamente tristes, porque sólo parecen hechas para los amantes felices. Es como un cariño sublime que enternece el corazón . . . Somos semejantes a un pájaro sin alas que ve abrirse la jaula donde ha vivido preso:

él tiene la libertad, pero no puede ser libre; nosotros contemplamos la dicha, pero no podemos ser dichosos.

Alguien ha escrito que en cada nueva primavera, el alma experimenta una renovación y que se avivan recuerdos que dormían casi olvidados. En efecto, recordamos. He aquí, de nuevo, los primeros brotes de los plátanos que veíamos en el patio del colegio y nos anunciaban la proximidad de los exámenes, y de nuevo, los nidos que los gorriones tejían adentro de las volutas de las columnas; he aquí las rosas moradas con que se adornaba la niña que no nos quería y se casó de pronto, con un señor muy rico; y he aquí, los jazmines del país, cuya fragancia sutilizaba las horas de la casa familiar. Han vuelto también los prudentes sapos a sentarse en los caminos de las quintas y saltar, como niños que jugasen a la rayuela. En fin, muchas cosas alegres que ahora nos entristecen.

Acaso aumente la natural melancolía el hecho de que en nuestro suelo el equinoccio de primavera llega cuando el año va a terminar. El espíritu en medio de la maravillosa florescencia, se halla alicaído, como aquel joven de la *Melancolía* de Durero que, rodeado de los instrumentos del arte y de la ciencia, considerando la inutilidad de todo, deja caer la cabeza entre las manos, mientras un murciélago tapa con sus alas el disco luminoso del sol.

El canto de la vida, satisfecha de rejuvenecerse, y el multánime regocijo que nos circunda, no logran vencer a nuestro pensamiento taciturno. Son cosas admirables, casi divinas, y sin embargo, no son suficientes. Apenas el alma alcanza a saborear "ese placer de estar triste", según la bellísima expresión de Víctor Hugo.

Entre nosotros y la naturaleza hay un contraste muy grande; no sabemos amar sin ilusionarnos ni luchar sin finalidad. La primavera, en cambio, viene, florece y se va, sin revelar un propósito ulterior. Los árboles y las plantas ignoran el bien y el mal, la justicia y la muerte. El tiempo mismo, como se sabe, es una noción puramente humana. Así es que estamos solos en el mundo moral, buscando la felicidad en un reino de cosas impenetrables.

Entristece pensar en los siglos que hace que la primavera vuela sobre la tierra, con esa indiferencia de la alegría, sin que el dolor del hombre la haya impresionado; pues todos los años torna con igual candor y jovialidad. No la ha modificado ni conmovido la sangre derramada, ni los llantos vertidos. Levanta y destruye frutos y hojas a la manera de un niño que hace castillos de naipes para derribarlos después.

Diríase que la sabiduría superior que establece el equilibrio del Universo, se conforma con la perfección material y con la realización de una perenne armonía.

Nosotros no somos aún tan artistas, que nos contentemos con la belleza. Queremos lo bello como un medio de ser dichosos; sobre la verdad de la hermosura, el espíritu se alza para soñar. Es que el alma quiere ser eterna y sabe que la belleza es naturalmente efímera. Todas las rosas se abren para deshojarse y todas las vidas para morir.

Mientras pienso de esta manera superficial, la tarde cae y el jardín parece que sube en una aspiración de altura azul. Ya pincha un grillo el silencio creciente. Ya croan las ranas con sus voces acuáticas. Vuélvese más sensible la quietud de la hora, porque se oye una canción que anda como perdida en la lejanía. Y penetra en nosotros la dulzura de la paz. Es un instante tan inefable, que ha detenido al tiempo. Tenemos la impresión de que dejamos de ser... Y ya no sentimos la melancolía de la primavera que ha pasado por nuestra alma, fugaz y tornátil, como la sombra de una golondrina que vuela...

AUGUSTO STRINDBERG

ACABA de darse, por primera vez en nuestra ciudad, una pieza de Augusto Strindberg, traducida al castellano. Este hecho trae a la memoria el recuerdo de aquel genial dramaturgo sueco, a quien la crítica reconoce como uno de los escritores que más han influído en el teatro contemporáneo.

La vida del autor del *Padre* fué, en verdad, un escenario sombrío en donde las pasiones más terribles y las ideas más adversas combatieron sin descanso, representando una tragedia movida por la fatalidad.

Desde su infancia hasta su muerte sufrió las torturas de un temperamento excesivo, que le daba a todo un carácter dramático; y así se explica que ya a los nueve años intentara suicidarse, según él mismo nos cuenta en su libro *El hijo de la criada*. Como se sabe por sus numerosas novelas autobiográficas, la menor molestia le exasperaba, y las emociones le conmovían hasta sentir la necesidad de gritar. El amor le entristecía como una

desgracia, y le irritaba contra sí mismo por haber caído en un evitable tormento. Afectábale la gratitud como una deuda, y la ternura como una opresión. Es que estaba tan herido, que hasta las caricias le hacían padecer.

Sus libros le causaban una amargura tal, que es frecuente hallar en sus confesiones, frases como éstas: "Trabajo con pena en esta obra horrible", y "yo sufro martirios en cada línea que escribo". Pero sentía que su corazón se ahogaba cuando no podía desbordarse; y escribía con fiebre, con delirio, como perseguido por alguien que no le dejaba descansar. Diríase un desesperado jinete huyendo de un enemigo invisible, por entre una selva de espinas. De ahí que su labor sea tan grande, que sólo pueda compararse a su desventura.

Las piezas de Strindberg son siempre fragmentos de su vida, y en ellas los personajes hablan de los desencantos y angustias del autor. Así, por ejemplo, en *El vagabundo,* uno de sus primeros dramas, Strindberg se personifica en los cinco sujetos de la acción: el hombre que lucha contra su época, el poeta que penetra el sentido de las cosas, la madre que se opone, el amante que es desgraciado, y la joven que por su fe se aleja del padre. En esta misma obra, algo influenciada por Shakespeare, ya aparecen ciertas ideas características de este dramaturgo, que llegaron a ser después verdaderas obsesiones de su existencia. Indudable-

mente, hubiera podido decir con más razón que Goethe: "Todos mis libros son fragmentos de una confesión personal".

Nada mejor, pues, para interpretar su obra, que conocer lo que él llama "la historia del desenvolvimiento de un alma". Augusto Strindberg había nacido en Estocolmo en 1849. Sus padres eran suecos y, según él afirma, por las venas de sus antepasados corría sangre normanda, y quizá finlandesa. Su padre, un diácono, hijo de un paisano del norte de Rusia, se casó con su ama de llaves. Sus ascendientes por la línea paterna eran patricios y artistas; pero, por la madre, descendía de gentes humildes. Su abuelo había sido sastre, y después lacayo. Así, él heredaba las más opuestas tendencias y razas. Su exterior no tenía nada de sueco: cabello negro, encrespado sobre la cabeza, mejillas huesosas, boca femenina, mirada gris y piel color de cuero. Su rostro, que era más bien de aspecto mongólico, estremecíase, a veces, por un relámpago de sufrimiento.

En su obra *El hijo de la criada*, de 1886, nos describe el ambiente en que se crió, y explica su pesimismo como la consecuencia de una niñez oprimida, de una inquieta juventud y de una cruel enseñanza. Relata en esas páginas, los años de su infancia en la casa que los padres tenían cerca del cementerio, sus juegos con los niños vecinos mientras doblaban las campanas fúnebres, y sus

primeras impresiones nacidas en un lugar ensombrecido por la muerte.

Se ve que Strindberg era un niño de naturaleza muy precoz, y que en su memoria extraordinaria los hechos se grababan profundamente. Por eso en uno de sus dramas, *Hacia Damasco,* dice El Desconocido: "Los recuerdos son un fuego que no se apaga jamás"; y en otra obra, *La isla de los muertos,* el maestro enseña: "La ley de la vida nos manda que nos acordemos de nuestros sueños. Tenemos que utilizar nuestras experiencias. Los recuerdos son un capital que debemos explotar".

Dos hechos casi insignificantes influyeron para que desde su niñez estuviera preocupado con el problema de la verdad. Un día su madre le sorprende mientras él comía las frutas de un ciruelo vecino, le amenaza y él dice que es inocente; pero esa mentira lo atormenta. Cuando más tarde ve que el ciruelo se ha secado, se acuerda de la higuera bíblica, maldecida por Cristo, y le parece que es una señal de castigo. (Un recuerdo de esto se desarrolla en su pieza de cámara *El lugar del incendio*). Otro día el padre de Strindberg descubre que se han bebido su vino. Augusto se pone colorado, le echan la culpa, niega, le insultan, vuelve a negar, hasta que le maltratan de tal modo que se confiesa culpable y pide perdón por lo que no ha cometido. Estas fueron dos grandes impresiones para su alma de niño, y, según él dice, el origen de su amor trágico a la verdad.

Consideraba a su padre como a un enemigo, y a su madre casi como a una extraña. No encontraba en el colegio ni en la Universidad los profesores y la ciencia que anhelaba. Desilusionado de todo, trata de suicidarse tomando opio; pero sólo consigue adormecerse y soñar. En sueños cree ver a una mujer que le entrega una flor, y le dice que esa corola no se marchitará nunca. Este es el motivo de una de sus poesías mejores, titulada *La visita.*

Realmente, desde aquella noche despiértase la imaginación poderosa de este hombre tan raro. Escribe como un ebrio, toda clase de obras, y llega a terminar un drama en unas horas. Una extraña fuerza lo maneja, y él se entrega a ella, como una rama caída en un torrente.

Augusto Strindberg desconcierta casi todas las afirmaciones de tan contradictorio que es. Parece, al mismo tiempo, aristocrático y plebeyo, reservado y comunicativo, enérgico y tierno, piadoso y cruel. Aunque posee una voluntad dominadora, es un soñador débil y "el pobre diablo de un país donde se cosecha poca recompensa y el artista tiene que vivir en una conmovedora ignorancia de su propio valer". Hay algo de bárbaro en la violencia de sus odios y en su placer de atacar a sangre y fuego a sus adversarios; pues es infatigable para combatir por sus creencias y sus rencores, este hombre que parece un antiguo pirata sueco, como dice un gran escritor.

La pasión de descubrir errores, que es más fuerte que su juicio, embellece su arte y malogra su existencia. Sus libros están llenos de palabras agresivas para la sociedad. Así llama a la familia "un asilo de mujeres perezosas", y al matrimonio, "el peor infierno que pueden sufrir los humanos". En los *Acontecimientos y aventuras suecas,* el héroe comprueba que la humanidad sólo tiene respeto del que miente, y El cazador, en *El gran camino,* se queja: "Todo en lo que he confiado ha sido mentira, y por eso me he vuelto falso". Strindberg duda de lo real de la realidad, y muchas veces insiste en señalar la diferencia entre lo verdadero y lo aparente, que, como se sabe, es la idea fundamental del teatro de Pirandello.

Según críticos notables, tres escritores influyeron especialmente en el espíritu del autor del *Maestro Olaff,* Ibsen Kierkegaard y Rousseau. De Ibsen, toma la noción de las intensas realidades dramáticas, el amor a la libertad y su anhelo de justicia; de Kierkegaard, el ideal religioso, la conciencia del pecado y el heroísmo del mártir, y de Rousseau, el concepto de la moral y de la naturaleza.

El asunto más frecuente en sus piezas teatrales, gira alrededor del matrimonio. En *El Padre* y *Acreedores* trátase de conflictos conyugales, de la preponderancia de los sexos y presenta dos tipos de perfidia femenina. Ambas obras son realizaciones artísticas de contrariedades personales de

Strindberg, y en ellas se manifiesta su odio a las mujeres.

Su cólera contra el sexo femenino es la consecuencia de su debilidad ante sus amadas y el temor de que puedan dominarlo.

Tal es la razón de que recuerde en su drama *Padre*, tan admirado por Nietzsche, la figura de Onfalia, quien vestida con una piel de león contempla a Hércules, que debe hilar en la rueca bajo sus órdenes, y de que en *Acreedores* presente una mujer que atormenta con arte diabólico al pobre enfermo que está enamorado perdidamente de ella.

Strindberg se casó tres veces, y las tres veces fué desgraciado. Su carácter sensible hasta el extremo, su desconfianza continua, sus celos horrorosos, hacían del matrimonio algo insoportable. Su primera mujer, Siri de Essen, vivió con él bastante tiempo, pero luego tuvo que separarse. El se creyó víctima de persecuciones y engaños, y buscó pruebas de la infidelidad de su esposa. De ese tiempo es su libro *La defensa de un loco*, en donde refiere cómo su afecto fué transformándose en torpeza sensual, y más tarde en odio. Algo semejante le pasó con Frida Uhl y Harriet Bosse. En ninguna halló el amor que soñaba; pero sus fracasos no le enseñaron a renunciar; y ya casi viejo, a los sesenta años, se enamoró de una joven actriz que le desdeñó. Quizá él era el principal causante de sus desventuras sentimentales, y su sensualismo el origen de sus abatimientos. Sin duda, perseguía

con tal violencia al amor, que este dios alado huía de él. Su incorregido desacierto provenía de su vehemencia pasional y de su ciego empeño por dominar lo que no podía conseguir. Su escepticismo de las mujeres, lo conducía a desconfiar de todo; y su corazón se atormentaba con ese temor de perder lo que se ama, que es lo que amarga la dicha de amar.

Desde la infancia hasta la vejez padeció la esclavitud de la pasión; y ¿cómo no iba, entonces, a rebelarse contra quienes fueron los seres que le quitaban lo que él amaba más, que era su independencia?

En *La señorita Julia* exhibe un original carácter de mujer; una singularísima mezcla de altanería, desequilibrio y sentimentalismo. En ella quiso Strindberg representar el tipo femenino de la nobleza decadente. En las palabras que Juan, el lacayo, le dice a la señorita, está el recuerdo, sin duda, de sus relaciones con su primera esposa, que era la baronesa: "Yo no tengo ningún antepasado, pero puedo volverme un antepasado". Con este drama Strindberg inició la serie de piezas en un acto, demostrando en un prólogo, la conveniencia de no dividir en varios actos, la acción teatral.

En esa época produce, tal vez, sus más hermosas obras. En la creación de los tipos profundamente humanos y en la intensidad del movimiento dramático, sería difícil hallar quien le supere. Sin estimar las debilidades del público, el autor va

directamente a la esencia del asunto, exhibiendo las situaciones, desnudas de todo artificio, en diálogos que parecen duelos. Con razón, pues, afirmaba hace poco Lugné Poe que Strindberg es uno de los más vigorosos e innovadores dramaturgos y que cada día será más admirado. En 1907 logra realizar la creación de un teatro íntimo, con el cual consiguió obtener muy buen éxito. De aquella época son sus llamadas "piezas de cámara", tales como *Tormenta, Lugar de incendio* y *La danza de los muertos,* donde vuelve a aparecer la tragedia de su espíritu.

El lenguaje de Strindberg es de una justeza y de una precisión admirables. A veces su diálogo adquiere un valor inesperado; las frases tórnanse breves, nerviosas, casi sin ilación. Por la vaguedad de algunos instantes, el silencio de ciertas escenas y la impresión de misterio que logra transmitir, recuérdase a Maeterlinck, con quien tiene su producción algunos puntos de contacto.

La enorme cantidad de conocimientos adquiridos sin método revolucionó su cerebro. Fué, según las épocas, ateo, materialista y teósofo. En el último tiempo, volvióse un santurrón neurótico, cuya superstición no conocía límites. Faltaba poco para que contara los botones de su saco, a fin de saber los actos que debía tener una pieza que estaba exhibiendo, y anotaba el número de un tranvía para establecer los capítulos de una novela; tenía visiones traumáticas y creía que el Viernes Santo

él mismo había crucificado a Jesús. De ese fervor sentimental nos habla en su obra pasional *Pascuas*.

Su alma iba a experimentar un nuevo cambio. Había pasado por todas las creencias, pues, como lo manifestó continuamente, despreciaba la invariabilidad de las personas, por considerarla una prueba de atraso evolutivo. "La sociedad — decía — llama hombres de carácter a quienes después de haber buscado y encontrado una posición, toman un papel de teatro y obran automáticamente".

Siempre se había sentido llamado por la religión cristiana, a pesar de sus pecados que reconocía y de sus culpas que castigaba; pero, ahora, su consagración mística sería definitiva. El mundo le había transformado. No conservaba su fe en la justicia, ni su pasión por la verdad, ni su heroísmo de querer.

Después de tanto combatir en vano, decepcionado de la ciencia que no le apagó su sed de saber, resentido con sus amigos, disgustado consigo mismo, se retiró a la soledad de su "torre azul". Era un héroe que ya no tenía bandera. Había agotado de tal modo las fuentes, que sólo encontraba el vacío. Del amor quedábale una larga experiencia de amarguras, porque sus manos nerviosas siempre marchitaron las flores; de su afán idealista por mejorar a la sociedad, no le restaba más que esa resignación que se consuela con la esperanza de un "más allá".

Era el hombre vencido por sí mismo y abandonado por los demás.

En su última época, el eremita de la torre azul, vivía en un pobre cuarto desmantelado y frío como una celda. Apenas guardaba su devocionario y una Biblia. En la pared veíase el retrato de su hija Ana María; junto a él, un ropero lleno de manuscritos; y sobre el ropero, un águila que, según él, representaba al buitre de Prometeo. ¡Las veces que este admirador de Poe habrá recordado la terrible frase del cuervo mirando aquella ave extraña!... "¡Nunca más!... ¡Nunca más!".

El gran dramaturgo comprendía que era el último acto.

Fatigado y solitario, pedía a Dios que recibiera su alma, en largas noches de dolor.

Acaso, alguna vez, en sus visiones frecuentes, vinieron a acompañarle los personajes de sus obras, y le dijeron: "Hablaremos de tus tristezas y de tus ideas, y tú no serás olvidado..."

Por fin, sintiéndose morir, exclamó: "Ave, crux unica spes", mientras sostenía la Biblia en sus manos; y luego, como hablando a alguien, murmuró: "Llévese ese espejo; tiene una rajadura".

Hubiérase dicho que él mismo observaba su fin; y como un director de escena, después que la tragedia ha concluído, le ordenara a un empleado que retirase de las tablas, un objeto ya inútil.

AMADO NERVO

"El agua que rodea a la flor de loto no moja sus pétalos".—BUDHA.

"Si eres bueno sabrás todas las cosas".—AMADO NERVO.

AHORA que está muerto el gran poeta y que ya no puede levantar la voz para consolarnos, su recuerdo nos une en este día, como una fuente que enlaza en la blandura de su seno, las sombras temblorosas de los árboles. Y parece que hasta la idea de su vida preclara, tuviese una virtud ennoblecedora, y que dentro de la tristeza de su partida, existiera una claridad misteriosa que nos eleva: porque hay crepúsculos que no se marchan sin dejar tras de sí, la lágrima de una estrella...

¿Es que ciertas almas atraviesan el mar negro de la muerte, deshaciéndose en luz como los astros fugitivos? ¿Es que la dulzura de que estaban llenas no termina con su vida, como no acaba el perfume en la flor muerta, y aun siguen embelleciendo nuestras noches? ¿Es que giran en torno nuestro y nos ayudan con aquel poder que la piedad antigua

atribuía a los manes, o es que se transforman sutilizados, como el fuego en el humo, en los sentimientos y en las ideas que nos inspiran-... La cierto es, que hay muertos que no se han ido nunca de nuestro lado.

Y este que ayer no más me hablaba de la conferencia de hoy, y a quien ví alejarse, plácidamente, casi insensiblemente, como una primavera que se retira del mundo, era de aquellos que no desaparecen del todo: aunque ya el silencio más frío ha cerrado para siempre sus labios, nos va a decir todavía, palabras consoladoras y hermosas. Y, ¿qué vida — dice Maeterlinck — no se aclara en la pura, fría y simple luz, que cae sobre la almohada en las últimas horas? En verdad, para usar de las palabras del mismo Nervo, "la muerte ha puesto un sello de nobleza mayor a lo que ha escrito". Pues los que estuvimos cerca de él, en el trance definitivo, sabemos hasta dónde eran sinceras las palabras de sus poesías y hasta dónde estaba dispuesto a cumplir su destino. De modo, que cuando dejó nuestra ribera se hubiera dicho que entraba en la muerte con la serenidad de un cisne que penetra en las aguas. Es que le era familiar el misterio...

Y lo mismo que ciertos seres de la naturaleza, al sentir que se les aproxima su fin, buscan el rincón más querido para expirar, arrastrado por quién sabe qué fuerza desconocida, Amado Nervo atravesó el océano para morir en estas riberasdel Plata, donde a nosotros nos parece, por una razón sentimental

bien explicable, que era más querido que en ninguna otra parte. Y las dos hijas del río, al verle moribundo, como dos hermanas amorosas, casi diría que le ofrecieron sus brazos para que le fuera más blanda la muerte. Yo he visto el bello espectáculo de las nobles señoras que asistían al poeta como enfermeras y calentaban las tisanas no sólo al calor de las brasas, devolviendo así, en cariño sublime, el bien que el poeta les había hecho con la belleza. Otras mandábanle tantas flores, que no cabían en su pequeño cuarto de hotel, como si el alma exquisita de la mujer hubiese querido sofocar con aquella primavera, el invierno que se acercaba...

Amado, le había puesto su madre, según él mismo me decía una vez, a fin de que lo quisieran mucho. Y diríase que a él se le hubiera confiado la misión superior de aquel peregrino de que habla un cuento oriental, que viene de tiempo en tiempo, a nuestro mundo, para confortar a los hombres con la prueba de su amor y el ejemplo de su bondad.

Y en efecto, cuando conocemos almas así nos sentimos más alentados en la lucha por la belleza, y más seguros del más allá, y más humildes ante el misterio, y más compasivos con los desgraciados, y más bondadosos con el mal:

> Si una espina me hiere, me aparto de la espina,
> pero no la aborrezco.

A veces, al llegar el crepúsculo a la selva, y al mismo tiempo que comienzan a mirarnos las estrellas y que se alza de la tierra una fragancia musical, que vuela en las hojas caídas, suele abrir alguna rosa de la noche que con la blancura de la pureza, destácase entre las sombras como una luna de ensueño, y entrega a la brisa, para hacerlo sentir menos, el consuelo de su perfume caricioso y espiritual... Y así pasa las horas nocturnas, haciendo soñar a los insectos, hasta que llega la mañana, como una barra de oro en la ola de una nube, y entonces ella, se sacude el llanto de que estaba llena, y como ya ha dado lo mejor de su ser, dóblase resignada y sumisa, y desaparece en la tumultuosa prodigalidad de los pétalos...

Como esa rosa de la noche, fué el corazón de Amado Nervo. Después de idealizar nuestros dolores y de hacer de sus lágrimas un riego milagroso, se deshizo, de tierno, para poderse dar a todos...

Parece que no hubiera vivido sino paar el bien de los demás; pues a semejanza de Jesús que enseña que "es mejor dar que recibir", él nos dice que "es muy dulce ser consolado, pero que es más dulce consolar". Y si "hay tanto amor en su alma que no queda ni el rincón más estrecho para el odio", es porque sabía que los malos no son más que desventurados que fueron débiles a la adversidad, a la manera de esas plantas embravecidas que por falta de cuidados se niegan a florecer y no ofrecen más que las puntas rojizas de su encono...

"Y si los que amas — escribe — ignoraran tu sacrificio y no te lo agradecieran jamás, ese sacrificio se hará más precioso merced a tal ignorancia". Era capaz de agradecer a los demás la oportunidad que le brindaban de hacerles el bien y la confianza de aceptarlo. Su bondad nacía de la comprensión de las cosas, pues pensaba, sin duda, como Leonardo, que cuanto más se conoce más se ama.

La bondad no es sólo un sentimiento, no; ella es también un arte difícil. Hay que saber ser bueno. La misma caridad ofende, si no es oportuna; y es tan delicado el uso de las palabras piadosas, que hay que cuidar hasta el acento con que las pronunciamos; ya que deben llevar adentro como una cierta tibieza, como un cierto temblor de cariño. Pero, ante todo, para ser bueno, lo necesario es ser humilde; que hasta un ramo nos golpea si se nos arroja desde la altura. La bondad es el único sistema inteligente de corrección de los hombres; todo lo demás es cientificismo y lógica vana. Sólo el amor puede salvar al hombre encanallecido, pues el amor es una regeneración. Los malos son así porque no han conocido el bien. Tal vez pasó cerca de ellos, volando como es su costumbre, y no lo pudieron alcanzar; vieron que iba hacia otros seres más felices, y les pareció una injusticia. Pero si hasta las fieras se doman con la dulzura de la música, según el conocido mito de Orfeo, ¿cómo ha de haber hombres que no se mejoren con el amor de sus hermanos?

Y Nervo escribe:

"Que es inútil mi afán por conquistarte,
Que ni me quieres hoy, ni me querrás..."
Yo me contento, amor, con adorarte:
¡Dios hará lo demás!

Yo me contento, amor, con sembrar rosas
en el camino azul por donde vas.
Tú, sin mirarlas, en su seda posas
el pié: quizá mañana las verás!
Yo me contento, amor, con sembrar rosas:
¡Dios hará lo demás!

Verdadero artista, hacia el bien hasta por un sentimiento estético:

Señor: sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza
el ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Podría decirse que su poesía no es más que la bondad, que para ser más buena se vuelve encantadora. De ahí que su arte no fuese lujoso ni obscuro, sino íntimo y profundo, y que en él hallaran emociones dignificantes el más ignaro lector y el más exigente crítico; de ahí la gran originalidad de ser sincero y la rareza admirable de ser sencillo. Y así toda su obra llevaría bien el título de uno de sus libros, *En voz baja,* porque él podía decir como Goethe: "Todos mis libros son fragmentos de una confesión general".

Las confidencias donde nos reconocemos, y los

sentimientos que no supimos expresar, y las penas sin importancia de los días vacíos, y la ternura ciega por quien nos desdeña y la incertidumbre del porvenir, y el temor de navegar sin una estrella; todo ello, está en su poesía, como idealizado por una aurora próxima: es que hasta él llegaba el resplandor rosado de una mañana que nosotros no alcanzamos a vislumbrar:

> Desde que no persigo las dichas pasajeras,
> muriendo van en mi alma temores y ansiedad,
> la vida se me muestra con amplias y severas
> perspectivas, y siento que estoy en las laderas
> de la montaña augusta de la serenidad.

Serenidad, esa es la palabra, que para mí, sintetiza la vida y la obra de Nervo. Serenidad, hija del dolor, hermana del silencio, madre de la belleza...

Amado Nervo era un viajero, un peregrino de la belleza. De Tepic, donde había nacido, pasó a Zaragoza, a Méjico y después a París, investigando siempre el alma armoniosa y el sentido oculto de la vida. En la capital de Francia trabó amistad con casi todos los grandes artistas de entonces. Conoció a Moreas, a Oscar Wilde, a Maeterlinck, y fué compañero de Rubén Darío, quien le llama "Fraile de los suspiros y celeste anacoreta". Su vida está toda en sus versos, como el pájaro está todo en sus alas y la azucena está toda en las flores. Era resignado, profundamente místico, de una voluntad inquebrantable y de una fe sin límites en el amor.

Su espíritu se había orientado en la lectura de Platón, de los libros indos y cristianos.

El alma sola, en la posesión de sí misma, encuentra un principio inaccesible a la razón; he ahí el misticismo; para llegar a él es necesario el camino del amor: he ahí la doctrina platónica. Fué un creyente: "Desconfía — escribe — de quien dice que no cree en nada; o es un pobre de espíritu o es incapaz de una acción noble". Esto concuerda con la siguiente estrofa en donde apunta — cosa extraña — una suave ironía:

> Yo no soy demasiado sabio para negarte,
> Señor, encuentro lógica tu existencia divina,
> me basta con abrir los ojos para hallarte,
> y te adoro en la rosa y te adoro en la espina.

Alguien le dijo una vez, delante de mí, que no se vulgarizara, dándose a gentes que no lo merecían, y él contestó, sonriendo: "¿Cree usted que pierde su aristocracia la florcita más humilde, por estar al alcance de todos?" . . .

Padecía la enfermedad sutil de lo absoluto y estudiaba las ciencias ocultas, la teosofía y la filosofía Vedanta, sin que nada apagara su sed de conocer el misterio. A través de sus dudas, él llevaba el amor, como una estrella promisoria. Y ese amor, nacido de la conciencia de la armonía universal, de la gran unidad primitiva, sostenía una fe, que de tan humilde revestía las formas de una esperanza... Luego, el dolor de la vida, la piedad humana, fue-

ron enriqueciendo el fondo de su alma que era puramente cristiana.

Como el Santo de Asis, cantó a la hermana Agua, "Sor Acqua", y como él hubiera sido capaz de atraer a las golondrinas y de volverlo bueno al cruel hermano Lobo. Tenía como el agua, esa docilidad constante, esa blandura transparente y amor por el cielo que transfigura un lago en un firmamento; y ¿qué cosa más natural, entonces, que desde que vivía absorto en el azul, estuviera brillando en su alma el rocío luminoso de las constelaciones?...

Y como el agua que regó los campos, calmó la sed de muchos seres y repitió el infinito entre las piedras, se volvió al cielo de donde había venido:

> Y a la Fuente de Gracia de donde procedía
> se volvió... como gota que se vuelve a la mar...

Cuenta Fedón, en uno de los diálogos platónicos, cómo la serenidad de Sócrates hacía de la muerte algo sublime y extraordinario; y dice Novalis que "morir es un verdadero acto filosófico". Yo solamente os puedo afirmar que la muerte de Amado Nervo tuvo la misma tranquilidad y la misma belleza de su vida. Aun me parece verle en su lecho de enfermo, con aquel rostro ascético de un retrato de Zurbarán, los pómulos salientes, los ojos enormes y obscuros, siempre húmedos en una gota de melancolía y la frente muy alta, como para que se hallaran bien sus ideas... Sus manos góticas,

hechas a la oración, revelaban la tendencia piadosa de juntarse...

> Me marcharé, Señor, alegre o triste;
> Mas resignado cuando al fin me hieras.
> Si vine al mundo porque tú quisiste,
> ¿No he de partir sumiso cuando quieras?

Lo ví la noche en que murió y hablaba con la afabilidad de costumbre. Sabía que se moría — y ahora lo comprendo — no quiso entristecernos con despedidas. Yo lo engañaba y le decía que tenía que mejorarse pronto, para que pudiéramos pasear, fingiendo una esperanza que apenas sostenía mi afecto; y él nos engañaba, haciéndonos creer que tenía esperanzas de salvarse. Nos miraba a todos, con sus dulces ojos de moribundo, como si su tierno corazón quisiera consolarnos de la tristeza que nos iba a causar... Aquella tarde, ante las pruebas de cariño que recibía y entendiendo que su vida era necesaria, había dicho: "Ya no me quiero morir... Ya no me quiero morir..."

Era muy noble, para no sufrir al dejarnos.

Pero la muerte aguardaba ya con impaciencia. Hacía varias noches que esperaba en la puerta del hotel, detenida, sin duda, por una barrera de cariño. Muy fuerte debía ser, para que triunfara contra tantas voluntades: ¿o es que el pobre corazón de los hombres, sus más elevadas pasiones, lo mejor que ellos tienen, no puede nada con lo desconocido? Es muy amargo pensar que el amor que es tan po-

deroso con la vida, sea tan incapaz y tan débil con la muerte.

El poeta quería ver el sol, y la mañana estaba nublada. En la playa gris, se deshacían las olas grises... A lo lejos un barco velero se perdía en el horizonte...

Seguro de su fin, se hizo traer el Crucifijo con que viajaba siempre, y dijo estas palabras: "¡Señor, ya sé que estoy muerto!..."

Y luego, como en secreto, esta exclamación que alguien oyó: "Está bien..."

Acaso la muerte, de verlo tan bueno, le había tomado cariño. Era tal la placidez de su rostro, como si su alma en el umbral del más allá reflejara sobre él una paz ultraterrena. Y "como una flor murió sin dolor". Acaso la muerte, de verlo tan bueno, le había tomado cariño...

Entonces, el sol que él había deseado tanto, penetró en su pieza como un torrente de oro, y la mañana se volvió cristalina como un diamante, y las olas se entregaron a un reposo celestial. Hubiérase dicho que el alma del poeta iba aclarando el mundo, al subir por la gloria del sol, en las alas de sus cantos, hacia la eterna serenidad del azul...

LA EMOCION ANTE EL PAISAJE

COMO después del trabajo cotidiano se regresa a la casa familiar en busca de reposo, así de la tarea de vivir y de la fatiga de querer se vuelve al seno de la naturaleza. Ella es también, una casa, en donde el amor, sin duda para ser más constante, se convierte en serenidad. Nos abre sus góticas puertas, nos ofrece sus amplias estancias; y con una sabiduría que los humanos ignoran cuando aman, no nos da sino lo que le pedimos: descanso, en aquella "soledad sonora" de que hablara tan hermosamente Fray Luis.

Diríase que ella no quiere prometer, porque sabe que sus hijos se le aproximan, desilusionados de la esperanza; que no quiere hablar, porque sabe del engañador equívoco de las palabras; que no quiere ofrecerse, porque sabe que el mayor bien no es el que se recibe, sino el que se encuentra.

En su amor no existe, como en todos los amores, la inquietud de perder lo que se ama, que es lo que entristece la dicha de amar; y así, confiada

en sus encantos propios, espera la hora en que volvamos a su corazón. Guarda allí, el mejor tesoro que se conoce, un silencio que enseña el misterio de la existencia.

Nos perdemos en las pasiones, enceguecidos por el amor, cuyo lenguaje no es, muchas veces, más que el eco de nuestras palabras; nos perdemos en lo que trabajamos, arrastrados por el entusiasmo o adormecidos por la costumbre; y sobre todo, nos perdemos en los sueños que hacen de nosotros lo que no somos, y nos engañan con el espejismo de una riqueza inalcanzable.

La naturaleza, en cambio, nos deja soñar lo que deseamos; pero no se empeña en ilusionarnos con imposibles, ni en desengañarnos con verdades. Su silencio es todo piedad, porque no afirma nada, su soledad es toda compañía, porque nos devuelve el alma. Y a propósito de esto, me acuerdo de un cuento que me contaban hace años:

Dicen que había una vez un hombre que estaba muy triste porque sentía una espantosa soledad, la soledad de no estar ni consigo mismo. En su vida, había dicho lo que decían los demás, había deseado con los deseos ajenos y había luchado por el ideal de los otros. Viviendo así, había perdido su alma, y desde entonces, la buscaba por el mundo sin encontrarla. Rendido por la angustia, harto de la vida que promete tanto y de los engaños que engañan tan poco, se marchó al campo donde quedó como encantado ante una fuente tranquila que

parecía la conciencia del bosque. Sentía una dulzura extraña, una bondad excesiva y superior, algo que despertaba en él, una emoción desconocida: Estaban cantando las voces de la noche, y danzaban los árboles, y corrían las hojas caídas, y una frescura íntima, como un bienestar de pureza, levantábase de la tierra. Y todo vonvíase nuevo y raro, a fuerza de ser tan sencillo. Hasta que el hombre oyó que la fuente le decía murmurando: "Yo soy tu alma que buscabas tanto". Y tuvo una alegría tal como si acabara de despertar de un letargo, porque comprendió que se había encontrado a sí mismo. Y pienso ahora, que aquella leyenda se refiere al placer de reconocernos; y que la fuente de que nos habla no es sino un espejo que la naturaleza nos ofrece, y en donde nos vemos aclarados por un agua que nos une con las plantas y con las estrellas.

Esta es la virtud del paisaje: devolvernos cuanto la existencia nos quita. Gracias a ella, es que el artista puede conseguir esta cosa fundamental: encontrarse a sí mismo. De ahí, que los pintores, los músicos, los escultores y los poetas hayan hallado en esta emoción, el caudal más hondo de sus inspiraciones. En muchos casos, la revolución de un arte por un genio, no ha consistido esencialmente en otra cosa que en volver a la naturaleza. Así, en música, Ricardo Wagner, y en poesía, Víctor Hugo.

La emoción del paisaje en poesía, es emoción

moderna y característica. Los antiguos, tanto los griegos como los romanos, habían poblado los cuatro elementos de toda clase de dioses, de semidioses y de genios. Se personificaba a la naturaleza, como sabemos, y se la transformaba con interpretaciones y pasiones humanas. A la venida del Cristianismo, la religión nuestra, un Dios único en las alturas, rodeado de una gerarquía de ángeles, y abajo Satanás en su trono de llamas, dominando a un pueblo de demonios. La fe, por temor del pecado, proclamó el desprecio a la carne y huyó de la naturaleza.

En la Edad Media, la imaginación quedó aún algo pagana y gustaba repoblar las florestas y las aguas, los aires y las tinieblas; y así donde antes estaban las dríadas, los silfos, los tritones y las náyades, puso a las ondinas, las salamandras, los gnomos y todas las hadas aquellas que idealizan los poemas de caballería, que encantaron nuestra infancia, al pasar luminosamente por las estampas de Perrault, y que todavía admiramos en los poemas de Ariosto, de Spencer y de Goethe.

Estos graciosos seres aéreos que estaban alejados de la poesía cuando el romanticismo los retornó con gran escándalo de los clásicos retardados, solían volverse terribles y amenazadores; y más de una vez, su encanto fué la causa de una perdición. Aunque Shakespeare no lo dice, sin duda fué la gracia de las ninfas lo que atrajo a la desventurada Ofelia hasta el borde del arroyo en que se aho-

gó. Las ninfas como los elfos y las sirenas de las leyendas germánicas y escandinavas, tienen su fuerza en la seducción de sus llamados melodiosos. Ya no creemos en ellas; pero sentimos su belleza; ya no nos inspiran temor; pero nos dominan cuando quieren.

La tendencia más hermosa de la Religión Cristiana ha vuelto a hallar en la naturaleza, un sendero hacia Dios. Alguna vez se ha inquietado por su destino, preguntándose si la tierra necesita como el hombre, de redención. Este fué en un tiempo un problema teológico y una preocupación transcendente. Si todo es mortal, todo el universo fué redimido por Cristo. Algunos teólogos así lo creyeron; otros, no. Fué una larga disputa entre dominicos y franciscanos en la cual estos últimos siguieron la tradición de su fundador, aquel "pobrecito de Asís" que predicaba a las golondrinas y enseñaba a los lobos, a practicar la virtud.

El amor al paisaje y la expresión de sus voces misteriosas es una de las características del arte moderno, pues hasta después del Renacimiento no hubo verdaderos paisajistas y pocos libros manifiestan sentimientos de esa índole, en el inmenso acervo de la literatura antigua y medioeval.

La poesía clásica tiene poco de paisajista, aunque a veces, dos o tres versos nos transmiten la emoción de un lugar o de un instante. Así, por ejemplo, Cervantes no nos describe, en rigor, las tierras de la Mancha por donde anduvo el "Caba-

llero de la Triste Figura"; pero nos da una impresión imborrable de ellas. De ahí que dijera justamente Flaubert, a propósito del Quijote "¡Cómo se ven aquellos caminos de España que no están descriptos en ninguna parte!" Igual cosa nos pasa con la "Gioconda" de Leonardo, en cuyo cuadro no hay más que un paisaje entrevisto por una ventana, una obscura serranía, casi un panorama decorativo, pero que evoca maravillosamente los lugares donde floreció la belleza de "Monna Lisa" y los días en que su boca sonreía...

Azorín cree como Juste que lo que da la medida de un artista, es su sentimiento de la naturaleza. El recuerda con cariño, un campito verde y una casita blanca que veía desde su ventana de estudio, Porque — cosa interesante — no siempre los bellos paisajes son los que más nos emocionan, a la manera que no siempre amamos más a las mujeres hermosas; y como han hecho notar ciertos críticos, antes los sitios se construían para los personajes, y ahora los sitios no se construyen, sino que se estudian.

Lugares han que nos tranquilizan, como si la mano de alguien se apoyara en nuestro hombro; lugares hoscos y rígidos que dijérase nos reprochan, y ante cuya presencia sentimos necesidad de justificarnos, de defendernos; lugares desconcertantes, como una disonancia, como una divagación, que nos extravían dejándonos un desagrado parecido al que nos causa conversar con un loco; y en

fin, lugares donde el corazón se adormece en el seno del gran todo. Cada uno tiene su espíritu. Son tanto más distintos entre sí, cuanto más se les conoce. De nuestro trato frecuente con ellos, nos toman un cariño divino, y parece que por consolarnos procuran aumentar su hermosura, como el árbol que se empeña en ascender, para dar una sombra más amplia.

No hay nada más sutil e intenso que esta emoción del hombre ante la naturaleza, y de ahí que sea el privliegio de los poetas exquisitos. La poesía americana que se caracterizó desde sus comienzos por su predilección por el paisaje, llegó a realizar los poemas gauchescos de Hernández, del Campo y Ascasubi, admirables descripciones de nuestro suelo y de nuestras costumbres. Los mejores poetas argentinos han seguido esta tradición nuestra, y cada uno según su temperamento ha interpretado y sentido, la poesía de nuestras campañas. Sería interesante, pero ahora inoportuno, señalar detalladamente este perfil de nuestra literatura, consecuencia natural de la influencia del paisaje.

Algunas veces, un poeta nos pinta objetivamente un aspecto del mundo, sin expresar el sentimiento que le produce, actitud muy característica de la escuela parnasiana. Véase este hermoso soneto del poeta oriental, Julio Herrera y Reissig. Se titula "El Angelus" y dice así:

"Salpica, se abre, humea como la carne herida
bajo el fecundo tajo, la palpitante gleba;
Al ritmo de la yunta tiembla la corba esteva
Y el vientre del terruño se despedaza en vida".

"Improba y larga ha sido como nunca la prueba.
La mujer que afanosa preparó la comida
en procura del amo viene como abstraída,
dando al pequeño, el tibio, dulce licor que nieva."

"De pronto, a la campana, todo el valle responde;
la madre, de rodillas, su casto seno esconde,
detiénese el labriego y se descubre, y arde
su mirada en la súplica de piadosos consejos.
Vuélvense al campanario los bueyes. A lo lejos,
el estruendo del río emociona la tarde. . ."

Otras veces, el artista se vale del paisaje para manifestar decorativamente su estado de ánimo. Así, por ejemplo, en el hermoso poema de Leopoldo Lugones titulado "Delectación morosa" que dice:

"La tarde con ligera pincelada
que iluminó la paz de nuestro asilo,
apuntó en su matiz crisoberilo,
una sutil decoración morada."

"Surgió enorme, la luna en la enramada,
las hojas agravaban su sigilo;
y una araña en la punta de su hilo,
tejía sobre el astro, hipnotizada."

"Poblóse de murciélagos el combo
cielo, a manera de chinesco biombo.

Tus rodillas exangües sobre el plinto
manifestaban la delicia inerte,
Y a nuestros pies, un río de jacinto,
corría sin rumor hacia la muerte."

Por último, el hombre interroga a la naturaleza sobre las inquietudes humanas, busca en ella la solución de sus dudas y la explicación del misterio. De este carácter es mi poesía titulada "Incertidumbre", donde expresé lo menos mal que pude, el anhelo de comprender. Dice así:

"La tarde en el arroyo se detiene y medita,
como ante la conciencia de su vida fugaz.
Ya el misterio en la estrella y en la rosa palpita,
y un rumor de hojas canta la emoción de la paz."

"Mi tristeza que duda, se dirige al arroyo:
—Tú que has corrido mundo, me puedes enseñar:
¿No sabes de una hondura que se torne un apoyo?
Y el arroyo me dice: No sé más que marchar..."

"Le pregunto a la estrella con que la noche mira
cuando desciende al suelo: —¿Qué ves por donde vas?
¿No hallaste el paraíso por que el hombre suspira?
Y la estrella me dice: Yo brillo, y nada más..."

"Le interrogo a la rosa: Tú que el jardín alegras,
¡Cuánto habrás aprendido que logras consolar!
¿Cómo sacas tu encanto de las arenas negras?
Y la rosa me dice:—Sólo sé perfumar..."

"Ya es tarde; ensaya el grillo, luciérnaga sonora.
Hace acordes el viento sobre un frondoso vial.
Los perfumes son frases que nuestro oído ignora;
pero el campo confiesa, su alma sentimental."

"Y tú, corazón mío que alzas también tus voces,
¿Qué esperas? ¿por qué marchas, si nunca has de llegar?
¿Qué secreto aprendiste del dolor que conoces?
Y el corazón me dice:—Yo no sé más que amar..."

Un gran poeta, Alfonso de Vigny se indigna y protesta ante la indiferencia de la naturaleza por nuestros dolores, y en varios poemas suyos, como en "La Maison du Berger", dice que la naturaleza no es una madre sino una tumba y que ella no recibirá ni un grito de amor de él.

La actitud de Vigny es explicable. El hombre está solo en el mundo. No comprende, en verdad, la voz de la rama, el lenguaje del torrente, la canción del pájaro. Sufre, porque quiere saber; se entristece, porque ama; se lamenta, porque busca. Desea encontrar el sendero que lo dirija a la casa paterna, como en los cuentos infantiles; pero la pobre chispa de luz que lleva en sus manos, se apaga a cada instante, cuanto más ligero quiere marchar.

El alma ha leído todos los libros, pero en ninguno ha hallado el secreto que anhelaba; ha viajado por todos los países; pero en ninguno ha visto el sitio en que podría ser feliz. No ignora lo bastante para estar contenta, y no sabe la suficiente para vencer. Regresa, entonces, a su interior y se pregunta: ¿Qué he conseguido? ¿Qué soy? ¿Qué he logrado aprender en mis días? Y si es sincera, comprende que está en el mismo lugar en que estaba, y que muy poco es lo que sabe. Tan sólo

la belleza continúa prometiéndole lo que no puede darle, tan sólo ella insiste en que no se descorazone. El alma intimidada por la experiencia de los desengaños, se niega a escucharla, y sale para huir de sí misma, para aturdirse y para olvidar... Pero he aquí que ya ha caído la tarde sobre la tierra, y que no sabe adónde ir. Cansada y perdida mira el lugar en que se halla, casi sin deseos de mirar: Ya es de noche y se abre sobre el cielo un racimo de astros. Alguna lucecita mira y parpadea entre la selva que se obscurece cada vez más. Hay en el aire una ternura sobrehumana y un perfume lejano que es una consolación. Parece que la conciencia se adormece como si se dejara de ser. ¿Qué importa ignorar todo en este mundo, si todavía hay una fragancia que nos embriaga, una canción que vuela y una claridad que promete? Y el hombre que va observando con creciente interés cuanto le rodea, se entrega nuevamente a sus pensamientos, y espera sin esperanza, y sueña sin querer soñar: Es la emoción del paisaje... Ya siente un bienestar inefable; y se reconoce hermano de los árboles y de las bestias; y comprende lo que quieren decirle en su idioma de música, el arroyo y el viento; y desdeña todas las miserias y fealdades; y entrevé la verdad oculta que hay en todo; y se liberta de las esclavitudes diarias, en un olvido que es más que un perdón; y por un instante, en un estado de belleza, percibe el ritmo profundo con que late el corazón de la tierra. Y como si esta emoción

fuera un viaje divino, cuando regresa de ella, experimenta el abatimiento de un Angel caído, y vuelve a parecerle que el mundo es sombrío, y que es triste la vida. Es que ha terminado la emoción del paisaje...

MARIA EUGENIA VAS FERREYRA

ESTA mujer extraordinaria no tuvo en su vida más alegría que la contemplación de la belleza, ni halló otro conslelo para sus desventuras que el entusiasmo de cantar. Cantaba para no oir las voces desagradables del mundo, para distraer sus penas y para amenizar, como un peregrino, la monotonía de un viaje demasiado largo. Su alma se iba por un sendero solitario, alejándose de la torpeza humana, en pos de una blandura musical, como aquella pobre Ofelia de Shakespeare, que entona romances y teje guirnaldas mientras camina hacia la muerte.

Su amor a lo bello dábale fuerzas para resistir sus tribulaciones, sin quejarse. Sabía que su dolor era la consecuencia de una naturaleza excesivamente sensible, y no se lamentaba: quería conservar hasta en sus fracasos, una noble actitud. ¡Quién sabe si su reserva no era también, el resultado de una incurable desesperanza!

Sólo pedía que no la molestasen, que no la hi-

ciesen sufrir. ¡Estaba tan cansada! Su ilusión habíase muerto de fatiga llamando a las puertas cerradas de una ciudad de piedra... Quizá alguna vez, como en los versos de Heine, la exquisita coquetería de su espíritu femenino se puso a jugar a las escondidas, y luego de mucho esperar, vió con tristeza, que nadie buscaba; quizá algún día notó que desconocían su cariño, apenas disfrazado por buen gusto, y que cuando quería ser más franca, era más incomprendida. Lo cierto es que se sintió sola. Soledad de azucena que se levanta del suelo.

De ahí que dijera bellamente:

"Mi esperanza, ya sé que estás muerta.
No tienes de los vivos
Más que la instable fluctuación perpetua.
No sé si un tiempo vigorosa fuiste.
Ahora estás muerta".

Su cansancio, de tan grande, solía llevarla hasta el extremo de proferir alguna involuntaria blasfemia; y así, a pesar de su profundo, de su verdadero cristianismo, su oración diaria era esta: "¡Dios mío, yo sólo te pido que no me hagas vivir después de la muerte!"

Su desencanto se parecía al de aquellas princesas de las leyendas, que salen de su palacio a conocer el mundo y regresan decepcionadas, porque nada es como lo habían soñado en los libros. Pero aunque veía que el amor pasa, la canción se pierde

y el encanto desaparece, callaba. Ella era de esas personas que cierran los ojos para ocultar el llanto...

Sus estrofas, pues, muy pocas veces expresan las desgracias de su vida, y diríase que quiere apagar los latidos de su corazón bajo la sonosidad de las rimas. Desdeñaba la poesía doméstica, los versos fáciles y el realismo literario. Su musa heroica y alada tenía algo de aquella Brunhilda wagneriana que ella tanto admiraba y que, sin duda, atravesó muchas noches el paisaje abrupto de sus insomnios. Su arte no era sino un esfuerzo continuo por alcanzar una elevación sobrehumana. Buscaba las alturas, como ciertos pájaros, para desatar desde allí, la música de sus canciones. Y era un espectáculo hermosísimo ver cómo se perdía su espíritu, de tanto subir hacia una estrella inalcanzable, en la ebriedad divina del vuelo.

Sus poesías dispersas en diarios y revistas y que nunca llegó a reunir en un libro, debido a su irremediable pereza, prueban la fuerza de su imaginación, la profundidad de sus ideas y la aristocracia de sus sentimientos.

María Eugenia Vas Ferreyra fué la primera poetisa que en la literatura del Río de la Plata se animó a expresar sinceramente sus pasiones de mujer. Los versos vehementes apenas se cubren con el pudoroso velo del arte; pero su alma aparece en ellos como vestida de su propia belleza. Nunca una frase vulgar, nunca una expresión prosaica.

Diríase que hasta sus poemas apasionados trasciende, para dignificarlos, la castidad de su existencia superior.

Su corazón no se resignaba a la realidad de las pasiones y quería hacer de la vida lo que no puede ser. Soñaba con un vencedor invulnerable, "inaccesible y único", que viniera a arrodillarse a sus pies; con algún héroe puro que supiera amar poéticamente, como el Caballero del Cisne. Y, ¡triste cosa!, sólo halló en los hombres sensualidad y ligereza quien concebía el amor como un camino de exaltación lírica que lleva a la divinidad. Aparentaba no comprender lo inútil de su esfuerzo y seguía dialogando con su fervoroso platonismo por entre plazas municipales. Y si alguien le recriminaba sus errores con respecto a las personas, su empeño en no ver, sonreía pensando tal vez, en aquel verso de Rostand que Chantecler dice ante el día que se alza sin su canto, y que ella recordaba frecuentemente:

No existe un gran amor sino a la sombra de un gran sueño...

Un análogo sentimiento expresa su hermosa composición titulada *La estrella misteriosa*:

Yo no sé dónde está, pero su voz me llama.
¡Oh! misteriosa estrella de un inmutable sino.
Me nombra con el eco de un silencio divino,
Y el luminar oculto de una invisible llama.

Si alguna vez acaso me aparto del camino,
con una fuerza ignota, de nuevo, me reclama;
gloria, quimera, fénix, fantástico oriflama,
o un imposible amor, extraño peregrino.

Y sigo eternamente por la desierta vía
tras la fatal estrella cuya atracción me guía,
mas nunca, nunca, nunca a rebelarme llega.

Pero su luz me llama, su silencio me nombra,
mientras mis torpes brazos rastrean en la sombra
con la desolación de una esperanza ciega.

Alguien ha dicho, con razón, que María Eugenia Vas Ferreyra es una greco-germana de la poesía, por su sentido religioso de la forma y su representación heroica del universo. En verdad, sus versos, claros y sonoros, tienen ya la gracia de un hilo de agua que pasa, ya el vigor de un toque de clarín que resuena. Pero lo que más caracteriza su obra, por desgracia aun apenas conocida, es su maravillosa fantasía verbal. Todos sus poemas están llenos de imágenes originales y magníficas. Así, por ejemplo, en su admirable *Invocación a la noche,* dice:

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
mas que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Y,

Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada.
Un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos,
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas...

Dale a los beneditos que todavía sueñan
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata;
y a mí, que te deseo, inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio ¡oh, Hermana!

Ninguna de nuestras poetisas del amor, alcanzó nunca tales alturas de belleza lírica.

Adoraba la noche porque era reposo y su gran anhelo era descansar. Detestaba los ruidos del día y había pensado construirse una "Casa de Silencio" para poder dormir. ¡Oh, sus insomnios espantosos! Todos los remedios le resultaban inútiles; la palabra más sencilla la atormentaba horas y horas, como si fuera un tornillo que penetrase en su cerebro; el más ligero gesto la sumía en una cavilación obsesionante. Así atravesaba las noches, perseguida por una idea, sin poder conciliar el sueño, dominada por un cansancio tan intenso que no la dejaba descansar. Recorría la ciudad solitaria, como quien huye de algo; y era su andar de ésos tan desalentados que no quieren llegar a ninguna parte... A veces se ponía a recitar sus poemas para olvidar su insomnio e iba diciendo lentamente con aquella voz dulce y grave, los endecasílabos y los alejandrinos, mientras giraba si-

lensioso, el surtidor de las estrellas, hasta que al final de una avenida o al doblar una calle, la maravillosa criatura veía que el alba despuntaba ya sobre los techos pálidos, lo mismo que una vela anaranjada sobre una playa de luz. Y era como si el cielo quisiera premiar así, tanta belleza desventurada, tanta música perdida en la soledad...

Su exquisito buen gusto sabía sonreir hasta de sí misma; burlarse de su vestido independiente y de su sombrero irregular. "Salgo a la calle como puedo — me decía una vez — y luego las amigas me van arreglando". Pero la gente sentía, a pesar de semejante desaliño, la sugestión de su gracia cautivadora y de su evidente distinción. ¿Qué importaban la moda y el cuidado, si ella lograba, como nadie, ponerse elegante con cualquier cosa y adornarse con un abandono genial.

Una noche se fué a un baile con un zapato blanco y otro negro, porque, según le dijo a una amiga algo sorprendida por eso, "las personas no son como los pajaritos, que mueven los dos pies al mismo tiempo". Sus originalidades no eran estudiadas ni pretendían llamar la atención. Nada le interesaba el qué dirán. En un tiempo de costumbres más rígidas que hoy, pasábase largas horas de la noche en compañía de amigos y artistas. Su conducta irreprochable la salvaba de toda sospecha maliciosa. Despreciaba a las mujeres impúdicas y a los hombres soeces y le incomodaba tanto una palabra grosera como una fea acción.

Todo era para ella, una cuestión de estética. De ahí que no admitiera que la bondad no fuese siempre hermosa, ni que la belleza no fuese verdadera; de ahí que odiara la mentira por antiartística y la fealdad por mala; y de ahí que hallase en las emociones estéticas la mejor prueba de la existencia de Dios.

Le hería más una torpeza que un delito, una ingratitud que una infamia; y si admiraba tanto la pureza, ese idealismo instintivo, y el pudor, esa corola del alma, es porque le parecían dos espectáculos de belleza.

También por una razón de arte no quería pasar por sufragista. Mucho le hubiese disgustado leer ahora, algunos artículos en que la presentan como defensora del feminismo. Le oí decir un día que las mujeres se dividían en tres clases solamente: las amazonas, las muñecas y las sufragistas, y que la tercera era también la última clase... Pero esto lo decía como jugando, acaso para suavizar con el modo la firmeza del juicio.

Una actitud semejante solía adoptar con sus admiradores. Bastábale que uno de ellos la saludara con el cigarrillo en la boca, escupiera junto a ella o demostrase temor o desconfianza, para que, resuelta e irónica, se alejara de él rápidamente. Contra las vulgaridades, egoísmos y villanías no tenía esta fina artista más arma que el abanico metálico de su risa... Una risa nerviosa, impre-

sionante, que se desplegaba en carcajada, y equivalía a un juicio definitivo.

Pero ni sus versos, ni sus conversaciones, ni el heroismo estupendo de su vivir, pueden dar idea cabal de lo que era una mujer tan extraordinaria. Quienes la conocieron saben qué vana tarea es la de describirla. Su gracia espiritual, su nobleza inalterable, su talento femenino escapan de las palabras recordatorias, tal vez por una suprema delicadeza. Pasó por el mundo sin confesar sus angustias, pero debió sufrir demasiado porque se moría de vivir...

Padecía, según los médicos, de una "percepción dolorosa", y por algún tiempo tenía la inquietud de levantar algo del suelo. ¿Es que sentía que todo se había caído para ella? Quería dormir, solamente dormir. Pero la vida, que le había negado la dicha y el amor, le negaba también el reposo. Su corazón vacilaba próximo al desequilibrio; y "antiguos desabrimientos y melancolías le acababan". Su alma, como en su bella *Balada del escéptico,* tornaba al viejo lar "con la red seca y vacía de las orillas del mar". No esperaba ya la llegada de ningún héroe, como su adorada Walkiria, pero seguía su marcha noblemente, sosteniendo una fe que se había quedado sin esperanza... Hasta que sintió una dulzura desconocida y pasó por sus ojos obscuros lo que Homero llama "la gracia del sueño". Y así, sólo la muerte fué generosa con ella, dándole al fin, el silencio, la sombra y el olvido, para que pudiera descansar.

"MARGARITA", DE ANATOLE FRANCE

ESTE último libro de Anatole France, que casi no ha llegado a las librerías de nuestro país y he tenido la dicha de leer, gracias a la generosidad de un amigo, es la novela breve de un empleado público que sueña con un amor tan humilde como sublime. *Margarita* está llena de ternura y de piedad; de esa ternura que France derramó pródigamente en todas sus obras, y de esa piedad que él no tiene para las cosas piadosas y que tanto le inspiran las cosas humanas. La ironía que el autor de *Thais* esgrimió siempre con una maestría insuperable, y que no era más que una forma inteligente de sus afectos, vuelve a brillar en su trasvuelo. Es que "el escritor más admirado y venerado de las letras francesas" — según Barbusse — ha dicho, hace tiempo, que al mundo hay que darle por testigos la Ironía y la Piedad. "Son dos buenas consejeras: la una, sonriendo, nos hace la vida amable; la otra, llorando, nos la torna sagrada. La ironía que invoco nada

tiene de cruel. No se mofa ni del amor ni de la belleza. Es dulce y bondadosa. Su risa calma la cólera y enseña a reirnos de los malos y de los tontos, a quienes sin ella, pudiéramos incurrir en la debilidad de aborrecer". De ahí que Anatole France sonría de todo y no aborrezca nada, y de ahí que pueda decirse de él, lo que él afirma del abate Coignard, en su carta a Mirabeau: "Jamás espíritu alguno templó sus desdenes con más benevolencia".

En *Margarita* el autor nos muestra sintéticamente la vida vulgar de los funcionarios y sonríe ante las inquietudes transitorias de la política y la tarea obscura de las oficinas del Estado. Las nuevas hojas son de la misma rama que las de *El libro de mi amigo, Pedro Noziére* y *Pedrín*. En ellas aparece el alma ingenua de la infancia, con un candor tal que nos enternece; y es como si el espíritu de France, cansado de penetrar la vida y triste de saber, se regocijara en la contemplación de los seres que aun no han manchado la tierra. Sin duda, este escritor no cree en otros ángeles que en los niños.

La novela, que está escrita en forma de diario por un empleado ministerial, comienza describiendo el placer de la libertad después de varias horas de trabajo. Es un día alegre, las mujeres pasan, dejando una claridad y un perfume. "El sabio no debe pedir mucho a la belleza de las mujeres. ¡Una claridad y un perfume! Existen mu-

chos amores que no dejan tanto..." Aquel hombre se halla contento y la dicha lo vuelve egoísta. El considera que todo cuanto le rodea es como un cuadro móvil hecho a propósito para placer de sus ojos, y que las gentes pasan por animar su soledad y distraerlo. "He aquí — escribe en su manuscrito — esos pensamientos de cuando no se piensa en nada. Hay que perdonar a un desgraciado que tiene la cabeza llena, desde hace diez años, de política y de legislación, y que emplea su vida en esos pequeños negocios que se llaman negocios de Estado".

"Una ley, para el público, es una cosa abstracta, sin forma ni color". Para él, una ley es una mesa verde, llena de papeles, de plumas, de tinta, de volúmenes releídos en vano; y en fin, mil cosas que le quitan la posesión de sí mismo y hasta el sentimiento de la identidad. "Es como yo digo. He dejado mi yo. El se ha desparramado en las notas y en los informes... Es así que me he quedado sin mí, como viven, por otra parte, todos los hombres políticos". El hombre medita en su existencia, en la que no ha pensado durante diez años. Le parece que todo adquiere nuevo interés. Encántase mirando las pequeñas tiendas, y ante una de ellas, se detiene. Es una juguetería. Hay allí látigos, trompetas y sables que le traen el recuerdo de su infancia. Al rato se da cuenta que no se halla solo en su contemplación: una niñita está delante del mostrador. "Ella no se mueve.

Tiene un arco en la mano izquierda y ha llevado su otra mano a los labios, y parece que se muerde las uñas en un exceso de atención. ¿Qué contempla con tan vivo deseo?".

Este es uno de los capítulos más admirables del libro, de una poesía tan penetrante como aquel otro de *El libro de mi amigo*, en que una madre, no sabiendo qué darle a su hijito, le ofrece la rosa pintada en el papel de la pared. Hállase escrito con una gracia tal, que humedece nuestros ojos y nos hace sonreir:

"Su alma está suspendida de los labios de un hermoso bebé que parece llamar a su madre... El habla al corazón de la niñita, y la conmueve en todo lo que ella tiene de instinto maternal. El es encantador. Su cara: tres puntos, dos negros para los ojos; uno rojo para la boca. Pero sus ojos hablan, su boca llama. Vive.

"Los filósofos no piensan nada. Pasan delante de las muñecas sin inquietarse. Y sin embargo, la muñeca es más que la estatua y más que el ídolo; ella toma a la mujer por las entrañas mucho antes de que sea mujer; ella le da el primer estremecimiento de la maternidad. La muñeca es augusta. ¿Por qué un gran escultor no querrá ser bueno y tomarse el trabajo de modelar muñecas, cuyo rostro se animara bajo sus dedos y expresara la sabiduría y la belleza?".

Al fin, la niña sale de su admiración y el hombre la reconoce. Es Margarita, la hija de la mujer

que él amó, es todo lo que queda del más encantador de los seres. El quiere abrazarla; pero una gobernanta se acerca y llévase a la niña:

—Vamos, Margarita, vamos, hay que regresar. — Y Margarita se aleja, lanzando una mirada triste de adiós al bebé que le tiende los brazos...

Esta impresión repercute hondamente en el pobre empleado; el recuerdo de Margarita le impide pensar en otra cosa, y se equivoca en sus notas. Dante dice: "Un día que yo estaba ocupado en dibujar cabezas de ángeles". Y he aquí que él también, no hace sino dibujar cabezas en las circulares ministeriales. Los trabajos administrativos vuelven a absorberlo, hasta que una noche, que no tiene que corregir los discursos del ministro, se pone sus pantuflas. "Se encuentra siempre un poco de su yo en el fondo de las pantuflas". Está en su cuarto, junto al fuego, y piensa. Mira su retrato de cuando era niño, y tiene ganas de decirle: "Vamos a jugar juntos, ¿quieres?..." Pero el niño se halla lejos, muy lejos...

"Soy yo, soy yo como era hace cuarenta años. El ha muerto, él se halla tan muerto como si yo estuviese acostado bajo tierra y encerrado en un ataúd de plomo; pues ¿qué hay de común entre él y yo?, ¿en qué lo continúo?, ¿en qué se parecen mis castillos de cartas a sus torres de dominó? Nosotros decimos que vivimos, porque morimos mil veces".

El infeliz recuerda su infancia, las noches pa-

sadas al lado de su madre, mientras ella bordaba y le tendía, de tiempo en tiempo, "una de esas miradas simples y bellas que hacen adorar la vida, bendecir a Dios y que dan coraje para más de veinte batallas". Recordamos aquellos versos de Alfredo de Vigny, poeta sobre quien Anatole France escribió su primer libro de verdadera importancia:

> "Nous marcherons ainsi, ne laissant que notre ombre
> "Sur cette terre ingrate oú les morts ont passé"...

"¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué es de nosotros y en qué golfo de terrores nos sumergimos constantemente si tenemos tiempo de pensar, en vez de hacer las leyes o de plantar repollos? Yo voy a sacarme las pantuflas y a tirarlas por la ventana, puesto que ellas me han dado el sentido de mi existencia. La vida es tolerable a condición de no pensar".

El hombre se da cuenta de su desgracia. Los sueños han desaparecido. La mujer, madre de Margarita, hace tres años que ha muerto... Antes de conocerla él había sido feliz, "aunque no sabía lo que era la poesía del universo y no conocía la alegría triste de amar". Nada más bello que estas hojas en que se revela un alma sencilla dominada por un sentimiento divino. El nunca pensó casarse con ella. — "No, un instinto de armonía alejaba de mi corazón todo deseo. Eso no

era amor — se dirá. Yo no sé lo que era; pero sé que llenaba mi alma".

El encanto duró dos años hasta que ella le anunció su enlace. "Yo la escuché — escribe — con ese dulce valor que da el renunciamiento.

Ella se casó con un viejo rico, y a los tres años murió, dejando a Margarita de unos meses de edad. Pero él quería tanto a la madre que desea ver a la hija. Un día la encuentra en un jardín, acompañada de su padre, casi un anciano; la ve triste, enfermita y le parece que va a morir. El trata de divertirla con canciones y flores, y Margarita sonríe. Después, día a día, le juega y la acaricia, y la niña renace, poco a poco, a la vida. El médico dice que se cura "porque quiere vivir"...

Y el libro termina así: "Ella se ha sanado. Yo tengo una parte en este milagro. Yo he hallado una partícula de aquel don que abundaba en los apóstoles, cuando curaban por la imposición de las manos"...

¿Es decir que un cariño puede salvar una vida y que existen seres que sin cariño no pueden vivir? Un alma débil, por la virtud de una pasión muy grande, ha logrado el milagro de curar.

Y al concluir la lectura de este diario anónimo, que según el editor nos dice, hallóse perdido en un coche de ferrocarril, ante la poesía exquisita y la emoción profunda de sus páginas, se siente una vez más la injusticia de ciertas críticas que tacharon a Anatole France de inhumano y de insen-

sible. Ayer mismo, un espíritu tan selecto como el de Ortega y Gasset, a propósito de *Pedrín,* calificaba la obra de France de "cerámica literaria" y sostenía que si un libro de France no es nunca mejor, ni mejor ni peor que otro libro de France, es porque a su musa, que quiso ser inalterable, el destino la ha petrificado. A quienes así piensan, podría contestárseles con palabras del propio France que datan de 1868 y en las que reprocha a aquéllos que confunden la calma con la insensibilidad.

Parece, en verdad, extraño que se considere frío a un artista que defendió el simbolismo diciendo que "era una reacción contra la carencia de alma y el propósito de impasibilidad o serenidad que ostentan los parnasianos" y que en crítica, como en tantas otras cosas, discípulo de Renán, fué partidario de la tendencia francamente impresionista. "El buen crítico — escribe en *La Vie Littéraire,* recopilación de sus artículos en *Le Temps* — no hace sino pasear su espíritu entre las obras maestras". Además, nadie niega que France es un ironista extraordinario, y la ironía no brota nunca de un corazón indiferente.

En *Margarita,* la ironía de France tiene algo de esa burla suavísima que a veces hacemos a las personas queridas, y que no es otra cosa que una coquetería del cariño... El autor de *El crimen de Silvestre Bonnard* sonríe; pero sonreirse suele ser

una forma sutil de llorar... Bien se nota esta tristeza de sonreir en Rabelais y Cervantes, "esos dos Homeros bufones", con quienes France tiene más de un punto de contacto. El espíritu que encarnó en un abate como Jerónimo Coignard y en un profesor como Luciano Bergeret, revélase un poeta sentimental en las delicadas páginas de *Margarita*.

En la pequeña novela está todo Anatole France, esencialmente, lo mismo que el rosal está todo en la rosa... He aquí, de nuevo, su escepticismo, que es una manera profunda de afirmar, y su escondida tristeza que deriva del deseo de un mundo mejor, del desalentado ensueño de perfeccionamiento; y he aquí, de nuevo, la conmiseración por la especie humana y la tolerancia con las debilidades, y hasta cierta amarga alegría en la observación del mal, que nace del conocimiento. Una vez más, nos muestra su serenidad y su complacencia; porque es demasiado escéptico para estar ansioso, y demasiado artista para que no le halague la belleza del mundo. Pues la belleza, "resplandor de lo verdadero", aunque sea ilusoria como piensa France, es una verdad en nosotros, y el esteta puro goza con las formas.

Anatole France es un incrédulo que tiene fe. Tiene fe, porque es poeta y espera en el amor... El, que duda de las verdades que lleva consigo, como el abate que inmortalizó, y a quien todos

los principios le parecen discutibles, cuya filosofía es contraria a todo sistema, que sólo está seguro de la fugacidad de las cosas, y resume la historia diciendo que "los hombres nacen, sufren y mueren"; que nos enseña en *La isla de los pengüinos*, el derrumbe interminable de las civilizaciones, en la *Historia Contemporánea*, la infatigable mascarada de la vanidad humana, y en *El Procurador de Judea*, el desconocimiento que el hombre tiene hasta de sus actos más importantes; él, que parece desengañado de todo, guarda en el fondo de su alma, una esperanza. Y esta esperanza que vemos a través del follaje de sus libros como una claridad, es una fe en el poder maravilloso del amor.

No sería oportuno estudiar aquí la labor de France, ni sería fácil analizar un espíritu tan amplio, que mantiene buenas relaciones con Epicuro y San Francisco de Asís, y tan ágil que viajó por todos los siglos. Baste citar, en prueba de que "su obra es un trabajo de amor y no de exclusión", las siguientes palabras que en *Las opiniones de Jerónimo Coignard* el abate dice a su discípulo:

"Las verdades descubiertas por la inteligencia serán siempre estériles, porque sólo el corazón es capaz de fecundizar los ensueños, y sólo él da vida a lo que ama. Es por el sentimiento que las semillas del bien son arrojadas en el mundo".

Más o menos, lo que en sus versos de 1873, el poeta cantaba:

L'Amour, l'Amour pussant, la Volupté féconde,
Voilá le dieu qui crée incessament le monde,
Le pére de la vie et de destins futurs!
. . . .

Y ahora, en esta *Margarita* que aparece en su jardín, en pleno invierno, cuando ya han pasado cerca de ochenta primaveras, nos dice lleno de optimismo que "el amor es el triunfo de la Voluntad"... Y si Anatole France ha creado legiones de héroes amantes, es porque estaban en su gran corazón. Hoy nos hace conocer un alma nueva que supo amar bellamente, que escribió sus ilusiones, y cuya existencia se perdió como su manuscrito, en un viaje un poco largo...

Es que es un huerto encantado la senectud de este hombre que no cree en los milagros y los realiza...

LA TRAGEDIA DE EDGAR POE

DESPUÉS de un siglo de sombras sobre la vida de Edgar Poe, una claridad definitiva se ha comenzado a levantar. Hasta ahora, muchos de los libros y de las revistas que se ocuparon de él, más que mostrarnos cómo era, crearon en torno suyo una verdadera selva de hojas impresas, a través de la cual, se entorpecía la lectura y se fatigaba la atención. Diríase que la desgracia que lo persiguió durante toda su existencia, continuara aún luchando contra su gloria después de su muerte; y que todo lo que fuera maldad y prejuicio de sus contemporáneos, se hubiese transformado en una nube espesa de incomprensión, para ensombrecer su memoria.

La fatalidad que, como veremos, lo asedió siempre, hizo que eligiese a Griswold para dirigir la edición póstuma de sus obras, y que este amigo suyo, que ocultaba rencores antiguos, publicara un prólogo de difamación, tan indigno, que fué con-

siderado "como una infamia inmortal". Sus mismos admiradores, creyeron conveniente hacer de él, un tipo desordenado del romanticismo imperante, y los viciosos de todos los tiempos se valieron de su nombre, para incluirlo orgullosamente en la lista de sus compañeros ilustres. Hasta Baudelaire, que lo admiró con toda la fuerza de su talento y que lo tradujo como nadie, no consiguió reivindicar del todo los derechos de este héroe extraordinario.

Frente a semejante adversidad, "aquel celeste Edgardo" no puede ofrecer en su defensa más que una cosa: su obra. No puede levantarse para desmentir a su amigo que lo calumnia y a su discípulo que lo deforma; no puede — él que por pudor, calló siempre sus angustias — quejarse de su destino de incomprendido: sólo consigue alzar su voz desde las páginas de sus poemas, hacernos escuchar sus latidos profundos, confesarnos todavía, con la dulzura temblorosa de un niño extraviado en un camino, sus amores y sus desencantos pasados, y embellecer nuestras horas, con la armonía de sus versos remotos y sobrehumanos, expresándonos en una música inaudita lo que su corazón ha callado y lo que no hemos comprendido: todo un mundo de cosas que apenas se llegan a vislumbrar. Sólo consigue venir así, inmaterialmente, hasta nosotros, con esa supervivencia del artista, para decirnos cómo era cuando vivía y cómo fué vencido por la desventura. Y entonces, a la verdad, parece que

surgiera su figura aristocrática, "brillante y tenebrosa a la vez", enérgica y fina, con aquella cortesía que no era sino la gracia de su firmeza, destacándose sobre una de esas noches azules que él adoraba, y que parecen cubiertas por una enredadera de luces...

Los años, finalmente, han logrado despejar muchas de las tinieblas que rodeaban el recuerdo de este poeta, y cada día se hace más la luz sobre la hermosura de su alma. Lo único que resta inconmovible, es su tragedia; lo único que permanece insondable, es su genio. De ahí que "si algo nos sorprende — como dice admirablemente Baudelaire — no es que para tal hombre, la vida se convirtiera en un infierno y que haya concluído tan mal: lo que sorprende es que haya durado tanto tiempo".

El se perdió por un sendero solitario, en compañía de "Psiquis, su alma", hasta llegar a un castillo lúgubre con aspecto de calavera que se hallaba en el límite de la tierra, donde las cosas eran fantasmas y "los sueños, las únicas realidades"; oyó allí, en las estancias abandonadas, las voces de las verdades ocultas; y cuando consiguió escapar de aquella prisión y volver al mundo, traía el corazón atravesado por una palabra que casi no era más que un latido: "never moore"; y a pesar de sus esfuerzos por alegrarse, ya no pudo olvidar más la ciencia fantástica que lo había enfermado con sus enseñanzas desoladoras. Por eso hablaba, como nadie, de una existencia inverosímil y en sus relatos aparecía una mul-

titud de seres insospechados, como en la red de un pescador profundo; por eso, lo desconocido, que hasta entonces sólo había murmurado en la poesía, se expresó con una elocuencia formidable en las estrofas de este gran poeta del misterio. Y así como se dijo de Dante: "He ahí el hombre que estuvo en el infierno", podría decirse de Poe: "He ahí el hombre que regresa de la muerte".

Volvió al mundo, un poco distraído, mostrando en su mirada el brillo del que ha visto el más allá, y deseoso de librarse de "la fiebre llamada vivir", según sus propias palabras; pero tuvo que sostener su bandera de idealismo, como el mástil de una torre tiene que soportar las descargas de las tempestades celestes. Ahora, reposa en el cementerio de Baltimore, bajo el abrazo de los árboles que le protegen con el abanico de sus sombras, y junto a la piedra en que Mallarmé escribiera uno de sus más bellos sonetos, un soneto que he traducido, lo menos mal que pude, al verso español, y que dice:

Así como en él mismo, la eternidad lo labra,
el Poeta suscita con el sable extendido,
a su siglo asustado de no haber conocido
que la muerte triunfaba en su extraña palabra.

El mundo, cual la hidra que un Angel atraviesa,
oyó purificarse las voces de su plebe;
y proclamó muy alto, la ciencia que se bebe
en la mezcla sombría de una corriente espesa.

Ante el suelo y las nubes hostiles—¡oh amargura!—
si nuestra idea no halla la armoniosa escultura
que en la tumba de Poe, bajorrelieves borde,

que este bloque caído de algún desastre obscuro,
muestre al menos el límite de un granítico borde,
al vuelo de blasfemias que esparcirá el futuro.

Edgar Poe nació en Boston en 1809. Su padre David, que pertenecía a una familia respetable de origen irlandés, contrajo enlace con una actriz, Isabel Arnoln, apasionado por su belleza, y aquel matrimonio de enamorados recorrió las ciudades de América del Norte, representando en los teatros las comedias de entonces. Ambos llevaron esa vida llena de alternativas de las compañías ambulantes, y sus dos hijitos, William y Edgar, recibieron en aquel ambiente las primeras impresiones. Allí, en las piezas cubiertas de rosas artificiales, entre las decoraciones de bosques y los vestidos suntuosos, dió sus primeros pasos y jugó sus primeros juegos "este niño sublime"; tal vez, mientras su madre ensayaba fervorosamente la escena terrible de un drama. Tenía dos años y la estaba a su lado la fatalidad.

En 1811, David Poe moría de consunción, y a los pocos meses fallecía su mujer, dejando tres niños huérfanos que algunas personas caritativas se encargaron de educar. Edgar fué recogido por John Allan, un rico negociante de Virginia que lo llevó a Richmond y le dió una instrucción excelente. Ya a los seis años sabía dibujar y bailar, y su precoci-

dad era tan grande, que al señor Allan le gustaba mostrarlo a sus invitados y hacerlo recitar parado sobre la mesa del comedor, como lo recuerdan crónicas de la época. Era un niño de una extraordinaria belleza — según dicen todos — que irradiaba suavidad y gracia, y cuya inteligencia, algo reconcentrada, causaba verdadero asombro. Su padre adoptivo lo llevó a Inglaterra y luego, de regreso, hizo que perfeccionara sus estudios en Virginia. Ya en 1823 era reconocido como el bardo del colegio y eran admiradas las composiciones que formarían después su primer libro "Tamerlán". De pronto desapareció de Richmond; parece que a consecuencia de un disgusto con el señor Allan, por una deuda de juego, y se enroló en el ejército de voluntarios que iban a combatir por la libertad de Grecia. No se sabe más de su vida de aventurero y se supone que viajó mucho, como lo demuestran sus conocimientos marítimos manifestados en varios cuentos suyos. Después, la señora de Allan moría y el señor Allan se casaba nuevamente, con una jovencita. Su libro de versos aparecido por aquel tiempo, revelaba ya su entusiasmo lírico, su vehemencia imaginativa y un acento tan sincero, que se percibía la hondura de su espíritu, como la voz que sube de un pozo descubre la profundidad que atraviesa. Hay ya en aquellos versos "esa experiencia precoz que caracteriza a los grandes artistas". Estaba en plena juventud y poseía todos los dones que la naturaleza puede otorgar: era fuerte hasta conquistar premios

como atleta, era simpático hasta cautivar a cuantos le trataban, era inteligente hasta vencer todas las dificultades. De su belleza física nos hablan con frecuencia, las mujeres que le conocieron y le amaron: y una daguerrotipo romántico nos lo presenta tal cual fué: ojos obscuros, donde la sombra parecía aclararse en un tinte violeta de crepúsculo; cabellos negros y encrespados como sus noches; frente inmóvil de estatua, que refleja el equilibrio de su espíritu; sonrisa amarga en la que se mezclan la ironía y la ternura, pero que se contrae como herida por un recuerdo que pasa; y todo ello espiritualizado en una expresión de nobleza, y como marchitado en un aire de melancolía habitual... Sí, estaba en plena juventud y tenía todos los dones que la naturaleza puede otorgar; pero la fatalidad estaba a su lado.

Su padre adoptivo, que tiene ya hijos legítimos, lo deshereda, y él se queda sin casa y en la miseria. Llama a todas las puertas, busca trabajo, recorre las direcciones de los diarios, le rechazan sus poesías, le pagan poco, porque es demasiado original; le aconsejan que se torne más sensato para agradar mejor al público; se encuentra en su patria "como un preso en una cárcel"; y va de ciudad en ciudad ofreciendo su talento, que algunos admiran, pero que ninguno quiere. Su sensibilidad exquisita, que sufre hasta con lo que imagina, anhela un hogar adonde volver, cada tarde, como sus compañeros, después de la tarea cotidiana; y

siente la falta de una famlia, de algunas hermanas que lo alegren, de una madre que lo acompañe. Con cuánta razón ha dicho, pues, el autor de "Las Flores del Mal", que Poe era "uno de esos desdichados, demasiado ricos en poesía y en pasión, que vino después de tantos otros, a hacer en este bajo mundo, el rudo aprendizaje del genio entre las almas inferiores".

Soporta estoicamente su destino y se extenúa en las privaciones hasta que obtiene el premio de prosa y de verso de una revista nueva de Richmond, cuyo propietario — según dice — "se sorprende ante la vista de un poeta haraposo que tenía el aire de un gentilhombre, tan altivo como hambriento". Este feliz éxito llevó a Poe a la dirección de dicha revista, donde publicó muchos de sus cuentos, y poco después, se casó con una joven encantadora y buena, una admirable mujer con figura de ángel y corazón de mártir, que se llamaba Virginia Clemn y que era prima suya. Sería indispensable la pluma de un artista para describir la vida de los dos enamorados en su casita de Fordham, en aquellos dos o tres años de felicidad. El genio de Poe se hallaba en todo su esplendor y se desbordaba en las narraciones que aparecieron después, con el título de "Cuentos grotescos y arabescos". Regresaba fatigado de la ciudad y encontraba en su casa todo lo que hasta entonces no había conocido; la ternura para soñar, la mesa para compartir y la razón para querer... Ella solía acercarse al piano

y se ponía a cantar con una voz dulcísima las canciones preferidas por el poeta. Su madre, la santa María Clemn, quedábase en silencio, sintiéndose dichosa con la dicha de sus hijos, y Poe oía como abstraído, con ese placer supremo que sólo pueden conocer los seres que han sido profundamente desventurados. Algunas tardes, Virginia y Edgar salían al pardín y caminaban hasta el campo, riendo y jugando, con una alegría de pájaros. Y le contaba él sus proyectos y sus luchas literarias, y se burlaba de los críticos, y le enseñaba a ella, como si fuera un discípulo, y le prometía todo lo que no podía conseguir, y se exaltaba en frases de un lirismo apasionado; y ella le escuchaba con una atención casi religiosa; y su alma de mujer lo envolvía en su silencio cariñoso, como para defenderlo de los ataques del mundo. Y mientras los dos marchaban con ese aire lento de los que no van a ninguna parte, el campo todo, en torno de ellos, volvíase tan quieto, que parecía contener su respiración para oírlos; pero aquellos árboles que el mismo poeta había plantado, y que tal vez le reconocían, se inclinaban para saludarlos; y a ratos, algún pajarito entusiasmado, no podía contenerse más ante aquel espectáculo de belleza y se echaba a cantar, desatándose en una vertiente de gorjeos. Y luego, cuando el bosque se agrandaba con el presentimiento de la noche, y ella tosía un poco y él se quedaba algo callado, experimentaban ambos la necesidad de regresar de prisa a la "casita blanca",

pues ya era tarde, como en todos los regresos; y los impresionaba la realidad a que tenían que descender y la emoción de ser excesivamente felices. El poeta sentíase fuerte; pero la fatalidad estaba a su lado.

Una noche en que Virginia se había puesto a cantar, como de costumbre, tuvo, de pronto, que interrumpirse, atacada por un vómito de sangre. Poco después fallecía en la mayor miseria. Edgar Poe se sintió, otra vez, solo, frente al mundo. En uno de sus más hermosos cuentos, "La Máscara de la Muerte Roja", nos trasmite esta impresión de inexorable que caracterizaba a su destino, a quien presenta bajo la forma de una peste:

"La Muerte Roja" ha despoblado las tierras del príncipe Próspero. Es una epidemia que mancha de sangre el cuerpo de sus víctimas. El Príncipe, para evitarla, se refugia en una abadía fortificada con las personas de su Corte, y da esa noche un espléndido baile de máscaras. Siete salas de distintos colores abren sus puertas a los invitados, y la última, que es de color negro y que está adornada de cortinas sangrientas, tiene en un rincón un gigantesco reloj de ébano que cuando da las horas, sus campanadas son tan tremendas, que los danzantes se paralizan y sólo después de un rato la alegría vuelve a renacer. El baile continúa así hasta cerca de las doce, pero de pronto, se nota la presencia de una máscara desconocida. Es una persona flaca y alta que está vestida de la cabeza

a los pies, con un sudario de manchas rojas. Todos los invitados huyen aterrorizados, sólo el Príncipe tiene el valor de perseguirle hasta la sala negra, con una daga en la mano. Va a clavarle la daga en el pecho, pero se siente desfallecer y cae muerto. Entonces — dice Poe — invocando el coraje de la desesperación, una muchedumbre de máscaras se precipitó en el cuarto negro y todos apresaron al desconocido, que se mantenía como una estatua, a la sombra del reloj de ébano. Sintiéronse sofocados por un terror sin nombre, cuando vieron con asombro, que bajo el sudario y la máscara cadavérica no existía ninguna forma palpable. Y reconocieron la presencia de "La Muerte Roja". Y los convidados cayeron, uno a uno, en las salas de la orgía. Y la vida del reloj de ébano desapareció, y las llamas se apagaron; y las tinieblas y la miseria y "La Muerte Roja" establecieron en todas partes, su imperio ilimitado".

Este cuento da la impresión de una desgracia implacable; y aunque es completamente impersonal, como todos sus cuentos, no es difícil advertir que el relato no es sino una transformación ideológica de las emociones del autor. Todas sus angustias lo llevaron a crear aquellos exilados, "El hombre de las multitudes", "Arturo Gordon Pym", "Usher, el redactor del manustrito hallado en una botella", y todos aquellos viajeros de sus "Historias extraordinarias". Edgar Poe no fué sólo un creador de cuentos fantásticos, porque en sus estudios

de caracteres se adelantó a las concepciones de la psicología actual, y no sacó los eefctos de lo maravilloso, de la deformación de la vida, sino de la penetración de esa realidad que su espíritu atravesaba. La extrañeza que nos causa nace del conocimiento de una verdad más profunda y del enigma que está adentro de todos nosotros. Hay que descender hasta el fondo de una obra que nos muestra que la verdad común es un engaño, y que nos descubre una serie de leyes tan ocultas, que apenas han sido vislumbradas hasta ahora; pues las ficciones no son sino símbolos de una realidad inaccesible.

Pero amaba, sobre todo, la verdad, pero su verdad, de tan honda, era compleja y de tan compleja, no parecía verdadera. Su lógica impecable conduce los hechos de manera que lo absurdo resulta posible y lo impalpable se vuelve evidente; porque, como se sabe, mientras en aquellos tiempos, los románticos europeos como Byron, Hugo, Lamartine y Musset, se entregaban a su inspiración y exaltaban su personalidad, este matemático de la armonía, este dominador del ensueño, este maestro de la locura, manejaba sus poemas como una partida de ajedrez.

Y así, atravesaba las noches, abrazado a sus visiones, todo estremecido de sentimiento y de lirismo. Entonces su imaginación se echaba a volar en la soledad de su torre; y su cuarto se poblaba con la visita de las sombras misteriosas; y todos los

muebles tomaban, a sus ojos, contornos siniestros; y oía unas campanas bajo un mar; y todos sus dolores que eran todos sus recuerdos venían a rodearle en una ronda brumosa; y escribía transfigurado, con fiebre, con delirio, hasta que ya concluída la labor de un poema, notaba que la blancura del papel tomaba un tinte rosado y que en el cielo estaban abriendo las rosas frescas del día; ¡era que la aurora llegaba hasta él para saludarlo!

Después de la muerte de su esposa Virginia, su salud estaba perdida por las privaciones. Su vida se hizo cada día más espantosa; y él que no había tomado alcohol durante su matrimonio, buscó en la bebida el reposo que ya no hallaba ni en el sueño. Está probado que no bebía por placer ni por vicio, sino "como quien desea matar algo". Recurría a los excitantes que le desagradaban para poder trabajar y cumplir con las revistas, sacrificándose, extenuándose en un heroísmo de antorcha que se consume. Su existencia se deshacía, pero su arte fulguraba; todas las tormentas pasaban por su corazón, pero él las transformaba en unos versos.

La mezquindad, la pobreza, la maldad y la envidia lo cercaban, tomándose de la mano; y él, por dignidad, aparentaba no verlas y continuaba serenamente puliendo sus poemas maravillosos. En uno de ellos, "El Cuervo", una de las poesías más célebres de la literatura universal, el poeta construye matemáticamente su obra, sobre la emoción

que experimenta, según el mismo Poe ha explicado en una conferencia. El poema comienza de una manera llana y va, poco a poco, desarrollándose en un "crescendo", hasta llegar a la mayor altura de la fantasía. Empieza así:

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones,
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente,
a mi puerta oí llamar:
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida, a tocar:
Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:
eso es todo, ¡y nada más!
¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo
y su espectro, cada brasa moribunda enviaba al suelo.
¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano, hallar
tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora,
la radiante, la sin par
,virgen pura a quien Leonora los querubes llaman; hora
ya sin nombre... ¡nunca más!
Y el crujido triste, incierto de las rojas colgaduras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras
de tal modo, que al latido de mi pecho palpitante
procuraba dominar,
y, es sin duda, un visitante—repetía con instancia—
que a mi alcoba quiere entrar,
un tardío visitante, ya a las puertas de mi estancia
eso es todo, ¡y nada más!

El poeta quiere sobreponerse y sonreir; burlarse un poco del temor supersticioso que siente, pero ya está impresionado. Oye que el eco repite el nom-

bre de su mujer muerta, y al abrir la ventana ve entrar a un cuerpo que viene a posarse sobre el busto de Minerva, es decir, sobre la sabiduría, donde empieza a decir su frase fatídica "nunca más".

Mas el cuervo fijo, inmóvil en la grave efigie aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si fuese su alma en ella
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar.
Dije, entonces, al momento:—Ya otros antes se han marchado,
y la aurora al despuntar,
él también se irá volando, cual mis sueños han volado.
Dijo el cuervo:—"Nunca más".
Por respuesta tan abrupta como justa, sorprendido,
no hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;
aprendido de algún amo desgraciado a quien la suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto que en su duelo,
terminara su cantar,
y el clamor de su esperanza, en el triste ritornelo
de jamás y nunca más.
Eh, profeta—dije—o duende,
mas profeta, al fin; ya seas
ave o diablo; ya te envíe
la tormenta; ya te veas
por los ábregos, barrido a este mundo desolado
y que vienes a mi hogar
por los males desvastado,
dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal fatal que lloro?
Dijo el cuervo: "Nunca más".
¡Oh! profeta—dije—o diablo. Por ese ancho combo velo
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del cielo
a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida

que está presa del pesar,
si jamás en otra vida, la doncella arrobadora
en mi seno he de estrechar,
la alma virgen a quien llaman los arcángeles, ¡Leonora!
Dijo el cuervo:—"Nunca más".
Esa voz,
oh, cuervo, sea
la señal
de la partida—
grité alzándome.—Retorna,
vuelve a tu hórrida guarida,
¡la plutónica ribera de la noche y de la bruma!
De tu tétrica maldad
no me dejes ni una pluma de recuerdo... El busto deja,
deja en paz mi soledad.
¡Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma aleja!...
Dijo el cuervo:—"Nunca más".
Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en mi escultura,
sobre el busto de Minerva que ornamenta la moldura;...
y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
las visiones ve del mal;
y la luz en él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
su ancha sombra funeral.
Y mi alma no ha de alzarse, cual la sombra negra, nunca,
nunca, nunca, nunca más...

A este poema no lo querían publicar los directores de una revista; sólo fué aceptado por caridad hacia el poeta y comprado en la suma de cinco dólares. Este ejemplo da idea de su situación en Norte América. El poeta de lo invisible consideraba al progreso "como un éxtasis de papamoscas", y creía que el adelanto puramente material no era

sino una forma de barbarie y de desequilibrio que embrutecía las facultades del espíritu.

Sus poesías, siempre subjetivas y apasionadas, son "un diario íntimo idealizado" por donde pasan veladas, las figuras de su corazón. Sus mujeres no son como las de Shakespeare, toda la mujer; las suyas, son hermanas ideales y sus cuerpos — según Flaubert , — no son más que imágenes. Aparecen silenciosas, pero su silencio, de tan lleno que está de emoción, parece que se hiciera sonoro. Su ingenuidad no es más que su pureza, y su experiencia no es más que su desesperanza... Son heroínas que han vencido a la muerte y que, sin embargo, las mataría una palabra de vulgaridad y de desamor. Son hermanas de Ofelia que no tuvieron la suerte de enloquecerse del todo, como ella; que no lograron ahogar en un arroyo ultraterreno la vehemencia de su ternura, y que regresan del más allá, por los caminos del verso, para existir todavía, en la evocación de un recuerdo. Son los únicos seres que le acompañaron a vivir, los únicos que le pudieron comprender, porque le supieron amar; delicadas criaturas que, como las flores escondidas, apenas se sabe que existen, por la fragancia que exhalan: Eulalia, que es rubia como el sol en los trigales; Leonora, que es pura como un manantial de montaña; Helena, que es una personificación de la luna; Ana, que es la que más sabe, porque sabe consolar; Annabel Lee, cuya hermosura no cabe en las palabras; Ligeia, que tie-

ne celos de la muerte, y la más triste de todas, Ulalume, que duerme bajo un diluvio de hojas marchitas, y cuyo nombre, semejante a una queja, parece una palabra del viento en una avenida de cipreses; es decir, todo un coro de ángeles que pasa recortándose sobre un muro de ultratumba, una teoría de figuras enlazadas por la gracia y unidas por el dolor que deslizan lentamente y resplandecen un momento, como una procesión de nubes qu dorase un sol de crepúsculo...

Y cerca de ellas, más grande aún que estas sublimes mujeres, más augusta en su ancianidad y más noble en su pobreza, más fuerte que el mismo héroe porque no tiene su genio, sino su ternura, su madre política, María Clemn, quien parece compensar ella sola, y por el sólo existir, todas las injusticias que el poeta soportara; aunque a la pobre, en su desventura, le faltaban fuerzas para salvarlo y le sobraban años para defenderlo. Era su suegra; llevaba los escritos a las redacciones, ofrecía las colaboraciones, le asistía y le alentaba. Mentía por ocultar los decaimientos del poeta; y cuando sentíase derrotada se iba a su cuarto a llorar a solas, para para que el poeta no se diese cuenta de su desgracia. Una abnegación tan sublime habla también en favor de quien la inspira; y como dice Baudelaire: "Los detractores de Poe habrían debido notar que hay seducciones tan poderosas que no pueden ser más que virtudes".

El mismo poeta nos habla de su suegra, con una

emoción intensa en uno de sus más sentidos sonetos, que he traducido por primera vez al verso español. Se titula "A mi madre" y dice así:

A MI MADRE

Porque en el reino celestial del Padre,
el Angel busca una expresión sagrada
que hable de amor, pero no encuentra nada,
nada tan dulce como el nombre: Madre,

con ese nombre mi emoción te nombra,
pues tú cuidaste de mi vida incierta
y reemplazaste a mi Virginia muerta,
con un exceso de bondad que asombra.

Mi pobre madre a quien mató el quebranto,
sólo fué madre de mi vida ansiosa;
tú, en cambio, fuiste de quien quise tanto.

Y así te quiero con mayor vehemencia,
como mi alma a su adorada esposa,
la amaba más que a su inmortal esencia.

Este hombre que, según una carta de Carlos Dickens. "debía haber pactado con el demonio, por su sabiduría", era en la vida íntima un niño que se entusiasmaba con cualquier distracción o juego. Cuenta una amiga, que lo visitó en su casa de Nordham, que un día se puso a correr carreras por el jardín con otros amigos, y en su afán de ganar, dió un salto tan grande que se rompió sus botines y regresó abatido a la casa, donde su suegra le preguntó afligida;

—Eddie, Eddie, ¿cómo has reventado tus zapatos?

Y Poe estaba callado, y tenía ganas de llorar... Luego la señora Clemn le dijo en la cocina a su amiga, que gestionara la publicación del último poema de Poe: —"Eddie dice que es el mejor de los suyos, y si se lo aceptaran podría comprarse un par de zapatos".

La señora intercedió, y el poeta pudo comprarse el par de botines.

En sus últimos años, de gran pobreza, como puede verse por esta anécdota referida por Ingram, el poeta sostuvo en una de sus lecturas, el principio de la poesía "pura". Según Poe, el artista debía producir una especie de sugestión, una atmósfera de encantamiento que nos transporte a una región superior. Para ello era necesaria la rima y la música verbal; y en esto, como en tantas cosas, su influencia ha sido tan enorme que bastaría recordar que Mallarmé, Baudelaire, Wilde, Corbiere, Valéry, etc., se inspiraron en Poe para darse cuenta de la importancia de este maestro.

Una noche de luna, en que volvía a su casa, vió en un jardín a una mujer que parecía meditar. Era Elena Witman, una poetisa de entonces. Se interesó por ella, quiso rehacer su vida, tratar de olvidarse de su único amor; pero ella jugó con él y le torturó con sus coqueterías, hasta que por fin, rompieron por causas que no están bien aclaradas.

La soledad de Poe se hizo cada vez más amplia.

Este nuevo fracaso le llevó a trabajar afiebradamente, hasta que partió para Richmond, donde fué recibido con entusiasmo. Hubo de quedarse allá, pero tenía que ir a Nueva York, y al pasar por Baltimore se sintió mal, y entró en un café para tomar algo. Era un domingo de elecciones; y una cuadrilla electoral que pasaba por allí, lo arrastró a las urnas, y después de hacerlo votar en distintas partes, contra su voluntad — según una costumbre bárbara de entonces, — lo abandonó enfermo, en la calle, sin inquietarse por su destino. El se dejó caer en un banco, y allí, desesperado, semi-inconsciente, oyó tres voces que le hablaban al oído; tres voces que quizá él pudo reconocer. La primera, que era la voz del desencanto, le dijo, con un suspiro, lentamente: — En la vida no existen los sueños que soñaste. Ya puedes reposar y dormir... La segunda, que era la voz del amor, le dijo, en un verso, musicalmente: — En la vida no cabe la pasión que buscaste, como los astros lucen sólo en el cielo azul... Y la tercera, que era la voz de la gloria, le dijo, con un beso, cálidamente: — En la vida has cumplido tu destino de genio. Supiste ser un héroe, y serás inmortal. Y luego, las tres voces le dijeron en coro: La fatalidad te ha vencido, porque no tenía corazón...

Al día siguiente fué hallado en aquel banco del muelle, casi insensible, atacado de encefalitis, y no de "delirio trémens" — como se ha dicho. — Lo

llevaron al hospital. No tenía papeles ni señas, y nadie lo reconoció. El médico le preguntó quién era.

"Yo soy — repuso — un hombre que hubiese querido escribir versos hermosos; pero no he tenido tiempo más que para sufrir. Me llamo Edgar Poe. Estoy enfermo, y no tengo esperanza."

El médico se impresionó. ¡Este era el creador de tantas maravillas; éste era el hombre que había pulsado el ritmo del misterio!

Luego el enfermo habló de su querida madre, María Clemn.

—Decidle que su Eddie está muriéndose.

Y después agregó, casi delirando:

—Dejadme pasar... Dios ha escrito en la frente de cada criatura. Asesino de mí mismo, entreveo el puerto más allá de la tierra. ¿Dónde está el salvavidas, la barca de salvamento? Este mar es muy grande, y ya no hay más orillas...

Entraba en la muerte, a donde había ido a mirar tantas veces. Ya conocía sus senderos y sus ribazos; y no debió parecerle tan mala, porque la halló muy silenciosa. Frente a la inmensidad, el desventurado preguntaba: "¿Dónde está el salvavidas?..." ¡Y no veía que la admiración de las almas selectas había formado como un abrazo, en torno de su cuerpo, para impedirle que se hundiera! "¿Dónde está la barca de salvamento?..." ¡Y no se acordaba de su obra, que ya iba, a través del mundo, impulsada por la vela de su fantasía,

donde aleteaba el soplo de Dios!... Creíase frente a un océano, donde una claridad de mañana se comenzaba a levantar; y veía huir despavorido al cuervo nocturno que se alejaba graznando su terrible frase: "Nunca más, nunca más", mientras las olas blanquísimas se balanceaban en una ribera celeste, y parecían repetir, como un eco monótono, "nunca más, nunca más"; lo mismo que si quisieran decirle que sus tormentos habían terminado, y que ya no habría más orillas para la grandeza de su alma; y así, quedóse dormido junto a las olas imaginarias que seguían murmurándole las palabras que sintetizaron su tragedia, y que eran las mismas que le anunciaban su reposo definitivo: "Nunca más, nunca más". Y acaso el mundo quería pedirle perdón por lo que le había hecho sufrir... "Nunca más, nunca más"... Y la sombra, ese cuerpo del misterio que le había torturado tanto, arrepentida tal vez, levantaba sus alas...

Y ahora, después de un siglo, parece oírse por fin, según la profecía de Mallarmé: "el vuelo de blasfemias que esparcirá el futuro".

LAS VENTANAS DE LA CIUDAD

A través de la lluvia de este domingo solitario, veo cinco ventanas que se han iluminado. Aunque todavía no es de noche, la ciudad ensombrecida se transforma con el agua que cae, y las luces tranquilas de algunos edificios, parece como si velaran, bajo la obscuridad de una pena. Todo se vuelve íntimo y misterioso, al gozar de una quietud que el silencio intensifica. La tarde se muere prematuramente, envuelta en nubes que andan lo mismo que escapadas de un incendio; y destácanse, sobre la fantasía del cielo, las ventanas claras de las casas vecinas.

Unas son humildes y bajas, otras lujosas y elevadas; pero todas han surgido de la sombra, como cuadros luminosos, y todas han despertado mi atención.

De pronto, me domina la inquietud de siempre que contemplo las ventanas iluminadas. ¿Quiénes vivirán allí? ¿Cuáles serán sus alegrías y sus tris-

tezas, sus luchas y sus esperanzas? Tal vez, la vida que pasa detrás de los cristales es igual a la vida que conozco, muy diferente de la que imagino; y lo que apenas se distingue entre las cortinas, aparece embellecido por el silencio y espiritualizado por la distancia. Bastan unos encajes enramados y unos velos traslúcidos, para que la realidad se vuelva poesía.

Una ventana es como un recuerdo de donde se alzan las cosas vistas cual si fueran imaginadas; pues el pasado y la lejanía son los profundidades, una de tiempo y otra de espacio, que se asemejan mucho cuando idealizan lo real. Si lo visible siempre es apariencia, aquí la apariencia es ilusionismo o impresión. Así, estas visiones se forman con lo que vemos y con lo que creemos ver.

Siento una curiosidad profunda, y miro: En la ventana de un tercer piso de una casa de departamentos veo un hombre que escribe, junto a una mesa cubierta de libros. Es un joven de cara pálida que se muestra pensativo y vacilante. "Las personas a quienes vemos sin que ellas se den cuenta — ha dicho un gran escritor — tienen la apariencia de ignorar lo que hacen". No puedo saber qué escribe este hombre; pero sé que es algo importante, porque duda mucho antes de poner las palabras en el papel. Acaso, se dirige a su novia lejana, manifestándole una pasión sublime, como aquellas de que hablan los versos y que tan pocas

veces encontramos en el mundo; acaso, medita un poema original donde se dicen las cosas que aun no se han llegado a expresar. No quiero admitir la probabilidad de que sea un comerciante que anota y corrige cálculos difíciles. Creo más bien, que es un ser que desea dignificar sus días y que desahoga su corazón. No sé ni su nombre ni sus tareas; pero mi simpatía aumenta con todo lo que ignoro de él, y pienso que si lo tratara, no lo conocería mejor.

Abajo de esta ventana hay otra más amplia, entre dos cariátides que gesticulan un esfuerzo inverosímil. Se ve un comedor, en donde varias personas conversan. Distingo unos limones sobre un aparador; y en la pared, el inevitable cuadro de las perdices colgantes. Hay también, un retrato de un señor grave en una actitud casi histórica. Debe ser el jefe de la familia, algún antepasado semiglorioso que empieza a borrarse y a desaparecer por el fondo de la tela, quizá como su recuerdo...

Todos callan. Una joven rubia teje al lado de un hombre grueso que juega con un lápiz, y a quien parece encadenada por la indiferencia, mientras dos niños acarician a un gato ceniciento que dormita. Es la vida sencilla, cotidiana, la de aquellos seres felices que, según la hermosa frase de Flaubert, hacen desagradable a la felicidad.

Luego se han sentado alrededor de la mesa y una criada ha traído una sopera que echa humo,

como si fuese el incensario de este templo familiar. No miro más, porque se disponen a comer, y su satisfacción me deja un poco triste.

En tanto, la tormenta arrecia y la ciudad se desvanece, detrás de la tela de agua que teje el viento con los hilos de la lluvia.

Gracias a la luz fuerte de una lámpara verde, puedo ver en otra ventana de otro edificio, a una mujer vestida de blanco que se mira al espejo y sonríe, como agradeciéndose a sí misma, lo bella que se encuentra. A cada instante, deja una revista que hojea distraídamente, se arregla el peinado y estudia la gracia de un ademán. Diríase que aguarda la llegada de alguien que demora en presentarse. ¿Qué espera? ¿Cuál es la historia de esta mujer que se peina con tanto cuidado y lee un periódico? Ese afán por embellecerse me indica que todavía sueña con el amor; pero supongo que sin ventura, porque ha concluído de leer la revista que tiene sobre las faldas y se ha quedado abstraída, contemplando la lámpara, con una mirada inmóvil de abatimiento. Su rostro se idealiza entonces, no sé bien si por la luz que la aureola o por la influencia del cariño que sueña. Después, va y viene por la alcoba, con esa encantadora naturalidad de los seres que están solos.

Cerca de esta ventana, en una construcción moderna, se vislumbra por una puerta entornada, una serena claridad. Diviso adentro, un armario pequeño, una cómoda antigua y un florero roto. Es

un interior de tantos, uno de esos aposentos donde las cosas hablan, en su lenguaje de silencio del alma de los dueños.

De repente, he visto una sombra que se mueve sobre el papel de la pared, dibujado de rosas y lazos. Creeríase que aquella obscuridad temblorosa, es el aleteo de un pájaro que vuela y que se abate. Más tarde, la sombra se divide en dos, y comprendo que he entrevisto las alas del amor... ¡Dios mío, dos seres alegres que pasan juntos esta hora melancólica de domingo lluvioso!

La última ventana con luz, es la de una casita humilde que se halla enfrente de la mía. Está junto a una azotea que se llena de ropas en los días de sol, y que la primavera alegra con los populares claveles. Visten los vidrios, unos visillos que debieron ser blancos en un tiempo, y por entre cuyos bordados se divisa la imagen lastimosa de un Santo. Algunos días se visto en esa habitación, a una mujer que cosía a máquina. Hoy parece que no hubiera nadie.

Pienso que "el hombre es algo que tiene que ser mejorado" para que el descontento no acabe con el mundo, y pienso en la filosofía que no nos hace más felices y en la religión que no nos hace más buenos.

Después de un largo rato de distracción, veo en la ventana pobre, que una anciana levanta los visillos y se pone a llorar. Sé que llora, porque se seca los ojos con un pañuelo de color. ¿Por qué

está llorando la viejecita? ¿Qué tiene, qué la apena? ¿Cómo es posible que al final de una vida dura, no se alcance el bienestar? La justicia de Dios no es piadosa, cuando no se compadece de la vejez.

La anciana, con la frente pegada al vidrio, mira la calle desierta que brilla castigada por los latigazos de la lluvia. Luego deja caer las cortinas y desaparece con su dolor modesto, callado como su existencia.

La ciudad sigue adormecida en su vaga tristeza de domingo. Las casas de puertas y persianas cerradas adquieren un aspecto sombrío; y por encima de sus techos, las chimeneas se asoman, como gatos fabulosos. Muchas habitaciones tienen abiertas sus celosías; pero están obscuras y no se puede saber lo que pasa por ellas. ¡Cuántas gentes ignoradas que podrían hacernos dichosos! ¡Cuántas almas hermosas que nunca llegaremos a conocer!

El hombre que escribe, la familia que come, la mujer que espera, los amantes que se abrazan y la anciana que llora, no son sino unos cuantos seres que se han revelado a la luz de un momento, y que volverán a ser invisibles para mí, en las residencias de la sombra. Todo lo demás, es misterio que la imaginación puede suponer, pero no penetrar. En las puertas ciegas de los balcones, no se destaca más que una enorme cruz.

Ya se han obscurecido las ventanas que veía, y otras más distantes han comenzado a lucir. Diríase

que son enamoradas del cielo que levantan su mirada, buscando una estrella en el horizonte gris. Se hallan tan altas, que sólo Dios consigue asomarse a sus cristales y conocer lo que hay allí.

Y la lluvia continúa cayendo, como una pesadumbre sobre la ciudad silenciosa...

INDICE

INDICE

	Pág.
La locura de Ofelia	5
Albert Samain	13
La melancolía de la Primavera	33
Augusto Strindberg	39
La tristeza de Sancho	51
Amado Nervo	59
La emoción ante el paisaje	71
María Eugenia Vas Ferreyra	83
Margarita de Anatole France	93
La tragedia de Edgar Poe	105
Las ventanas de la ciudad	129

IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
— BUENOS AIRES —


00033322242
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL